

Lou Carrigan

BRINDIS


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

BRINDIS

Colección LA HUELLA n.° 92
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 27.403 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición en esta Colección: agosto, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El auto se detuvo cerca de la casita, bajo la sombra refrescante de los altos plátanos de la avenida. Al otro lado de ésta, se veía el río… El Hudson River. La casita estaba en las afueras de la pequeña población de Tarrytown, en el estado de Nueva York, a unas veinte millas escasas de esta ciudad, hacia el norte.

Era una hermosa tarde de finales de mayo. Se veía el sol, rojo lanzando sus últimos destellos en dirección a los Grandes Lagos. Por allá estaba Niágara Falls, lugar ideal para la luna de miel de miles de parejas de recién casados.

En la casita, blanca y roja, con persianas verdes, se veía ya alguna luz. Delante tenía un pequeño jardín, y una valla blanca, muy baja. A un lado, se veía el garaje, de madera. Había plátanos, dos mimosas, algunos eucaliptos. En el rojo atardecer de finales de primavera, la casita era como un sueño lleno de color y de vida feliz.

Dentro del auto que se había detenido cerca de esta casita, había tres hombres. Rostros enjutos, un tanto ásperos, quizá. Manos grandes, mirada viva, penetrante. Bajo sus chaquetas, en el sobaco izquierdo, se les notaba a los tres el bulto de sus pistolas: Se notaba muy ligeramente. Apenas nada, en realidad. Un buen sastre puede conseguir que ese bulto sólo sea perceptible para gente experimentada. Las personas corrientes no podían notar la presencia de las armas.

De los tres hombres, el que iba al volante, dijo:

—¿Sigue en pie la apuesta?

Los otros dos asintieron con la cabeza. Todos miraban hacia la casita, con gran interés.

—Son veinte dólares, Max, no lo olvides.

El del volante sonrió conmiserativamente.

—Estáis tirando veinte dólares cada uno. Es decir, que yo voy a ganar cuarenta dólares, tan ricamente, sin hacer otra cosa que emplear mi psicología. ¿No comprendéis que es natural que a estas alturas…?

—Menos charla y vamos a ver si ganas la apuesta.

—Okay… No me vengáis luego con llantos, o con decir que todo era una broma. Una apuesta es una apuesta.

—Eres un charlatán, Max.

—Vamos a ver si lo soy… Aunque espero que os convenza de que dos y dos son cuatro.

Se apearon los tres y caminaron hacia la casita. No se molestaron en abrir la pequeña puertecilla pintada de blanco, sino que pasaron sus piernas por encima, entrando en el jardín. Se deslizaron muy sigilosamente por entre los árboles, hacia una de las ventanas que daban a la fachada, a un lado del bonito porche con abundantes flores.

Apenas se oía el rumor del río, tan cercano. La carretera estaba detrás de la casita, a no menos de un cuarto de milla, de modo que ni siquiera se podía contar con el zumbido de los motores de los coches que, sin duda, debían circular por allí. Era un lugar tranquilo, sedante, magníficamente aislado.

Los tres hombres quedaron bajo aquella ventana. Se miraron brevemente, y el llamado Max, tras unos segundos de vacilación, se alzó lo suficiente para poder mirar al interior de la casa. Los otros dos le vieron sonreír, y eso les hizo fruncir el ceño. Cuando Max se encogió, quedando al mismo nivel que ellos, uno preguntó:

—¿Qué…?

—¿Por qué no miráis vosotros mismos? No quiero que digáis que os robo el dinero.

Los otros dos se alzaron, y miraron al interior de la casa… Fruncieron aún más el ceño. Uno de ellos refunfuñó algo, metió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó un delgado rollo de billetes. Apartó uno de veinte dólares y lo tendió a Max.

—Ojalá te sirva de purga —mascculló.

El otro no dijo nada, pero también entregó su billete de veinte dólares. Max se guardó los cuarenta dólares ganados en tan buena lid, y, de pronto, su mano derecha apareció armada con una

imponente automática del 44.

—Si queréis, yo me encargo de ellos ahora mismo…

—Muy gracioso —casi rugió Morgan.

—Sí… Es un chico «muy» simpático, sí —farfulló John.

—Entonces… ¿no los mato? —sonrió Maxwell.

—¿Por qué no te vas al infierno, querido? —Se irritó Morgan.

Volvieron a alzarse los tres, para mirar a través del cristal. En el *living* de la casita había un hombre… y una mujer. Estaban sentados en el sofá, abrazados, recreándose en un beso que parecía interminable.

—Nunca más haré apuestas tan tontas —dijo John—. Al fin y al cabo es natural que se estén besando.

—Haberlo pensado antes… —rió quedamente Max—. ¿Les damos ya el susto?

—Es lo menos que se merecen… ¡Duro con ellos!

Maxwell alzó la pistola y enfiló al hombre y a la mujer que se estaban besando a toda máquina sentados en el sofá.

—Es un tiro facilísimo —comentó, en un susurro.

CAPÍTULO II

Ella se llamaba Leticia Hastings, tenía veintitrés años, era rubia, de ojos verdes, y… y un muy convincente conjunto anatómico. Lo de que tenía los ojos verdes no se podía saber en aquel momento, porque los tenía cerrados mientras él la estaba besando.

Él se llamaba Morris Chaney, tenía treinta años, cabellos castaños, mentón belicoso, contextura atlética, y los ojos de color negro. Tampoco sus ojos podían verse, porque los tenía cerrados, igual que la muchacha.

Morris Chaney estaba con los dos pies en las nubes, atrapado de lleno en el cepo. Situación peligrosa…

Y, de pronto, en pleno éxtasis, se oyeron los golpes en uno de los cristales de la ventana, unos golpes fuertes, rabiosos, que hicieron saltar a los dos del sofá, separándose sobresaltados, desconcertados, roto cruelmente el bello ritmo de su amor.

Los golpes se repitieron, en el mismo lugar, y ambos miraron hacia allí. Vieron a tres hombres delante de los cristales, uno de ellos con una pistola en la mano, haciendo gestos de que iba a destrozar la ventana a golpes. Los tres gesticulaban furiosamente.

—Vaya… —refunfuñó Morris Chaney—. Ya los tenemos aquí.

—Deben… deben ser ya las siete —musitó Leticia, sonrojada.

—Sí… Deben ser ya las siete… ¡Maldita sea!

Cruzó el *living*, salió al pequeño vestíbulo de la casita, y abrió la puerta… Fue apartado rudamente por los tres hombres que habían estado espiándolos. Lo dejaron tambaleante en el vestíbulo, sin hacerle el menor caso, precipitándose los tres en el *living*. Chaney cerró la puerta, y se fue tras ellos, refunfuñando.

Cuando apareció en el *living*, los tres visitantes, rodeando a Leticia, estaban gritando:

—¡Viva la novia!

Chaney se enfurruñó aún más.

—¡Hey! —gritó—. ¿Es que el novio no tiene derecho a vivir?

Los tres hombres se volvieron hacia él. Lo miraron. Se miraron entre sí. Por fin, uno de ellos alzó una mano… Y cuando la bajó, los tres exclamaron a la vez:

—¡Bah! —Y de nuevo—: ¡Viva la novia!

Leticia Hastings sonreía tímidamente. Parecía un poco asustada.

—¡Tachín-tachín…! —aulló destempladamente John Mac Travis.

—¡Viva la novia! —gritó Maxwell Bolders.

Morgan Ball fue el más práctico de los tres. Miró de reojo a Morris Chaney y espetó:

—¿Qué? ¿No tienes un poco de *whisky* on the *rocks* para los cochinos compañeros del FBI? Maldita sea, Morris, eres el tío más tacaño que he conocido jamás.

—Está bien… —admitió Morris—. Os convidaré a *whisky* cuando digáis: ¡Viva el novio!

—Me parece que me voy a quedar sin *whisky*… —Gruñó Maxwell—. ¡Y ya es lástima, para una vez que no estoy de servicio!

—Oye, dime una cosa —pareció amenazar Morgan Ball—: ¿es verdad que os vais a casar mañana?

—Tienes cosas de tonto… —rió Maxwell—. ¿No los has visto besarse por la ventana?

—¡Vaya si los he visto!… ¡Veinte dólares me ha costado ese beso!

—¡Viva la novia! —gritó John Mac Travis.

—¿Qué estás diciendo de veinte dólares? —preguntó Chaney.

—Pues nada… Cuando veníamos hacia aquí, Maxwell nos dijo que era una lástima aceptar vuestra invitación para esta especie de… despedida de soltero, porque os íbamos a interrumpir en un beso sensacional. Y John y yo fuimos tan tontos como para aceptarla apuesta. Le dijimos que una persona sería como tú no podía dedicarse a besar a su novia mientras esperaba a unos amigos, a unos fieles compañeros del FBI. ¡Lo que has hecho no es justo!

—¿Besar a mi novia? —sonrió Chaney—. ¿Eso no es justo?

—Lo que pasa es que tiene celos —aseguró John Mac Travis.

Se echaron a reír todos. Maxwell se dirigió al bonito mueble-bar,

se plantó detrás y alzó una mano.

—Señores: henos aquí reunidos para festejar que un compañero, un formidable agente del FBI, está dispuesto a perder su libertad, su libre albedrío y su derecho a la felicidad… es decir, que va contra los derechos de la Constitución… ¡Aplausos!

Chaney, Leticia, John y Morgan aplaudieron fuertemente, riendo, hasta que Maxwell alzó las manos olímpicamente.

—En resumidas cuentas: mañana se casa un G-man, y eso es cosa muy seria. Por tanto, vamos a celebrarlo adecuadamente. Es norma en el FBI ser parcos en la ingestión de bebidas alcohólicas. Pero en esta ocasión, cuatro chicos federales se van a atizar un *whisky* de miedo. Mañana lloraremos, cuando el ingenuo Morris diga «sí, quiero»… Pero hoy, vamos a celebrarlo. Un *whisky*…

—No.

Esto lo dijo Leticia, y los cuatro federales se quedaron mirándola desconcertados, sin comprender.

—¿No? —musitó Maxwell.

—No… —sonrió ella—. No quiero que unos agentes del FBI brinden con vulgar *whisky* por una cosa tan importante.

—Atiza… —murmuró Morgan—. ¿Te apuestas algo a que nos da asquerosa agua mineral?

—Nada de eso… —sonrió crispadamente Leticia—. Yo creo que la boda de un compañero merece un brindis con champaña.

Los cuatro quedaron estupefactos. Y cuando la muchacha abandonó el *living*, en dirección a la cocina, se miraron unos a otros. Por fin, John Mac Travis suspiró:

—Ah, demonios… Este Morris fue siempre un tipo de suerte… ¡Tiene una novia que piensa en todo! Hasta vamos a tener champaña para el brindis. Y… ¿os habéis dado cuenta de lo linda que está la casita?

—Es un nidito de amor —rió Morgan.

—Una casita de muñecas —aprobó irónicamente Maxwell.

—Lo que os pasa a vosotros —sonrió Chaney—, es que tenéis envidia. ¿Acaso no os gusta la casa? Letty lleva casi tres meses preparándola. Hay de todo… No ha pasado por alto ni un detalle… A partir de mañana, ella y yo dejaremos de vivir en apartamentos

separados para ocupar juntos este… nidito de amor.

—¡Buuuu…! —Abuchearon los tres
G-men.

—Y durante tres semanas, no os veré… ¡Ah, placer de placeres…! Tres semanas sin llevar pistola, sin ver vuestras caras de monos viejos, sin importarme que un tipo mate a alguien o venda drogas, o asalte un Banco o…

—Éste se nos va a Niágara Falls… —Gruñó Maxwell—. Van otros veinte dólares.

—Ni hablar… —rechazó Morgan—. Tú a mí no me pillas con más apuestas, querido.

—Les he ganado veinte dólares a cada uno… —rió Maxwell—. Yo creo que también hay agentes del FBI, un poco tontos. Es natural que cuando hay una chica bonita de por medio… ¡Hey! ¡Aquí tenemos el champaña!

—¡Viva la novia! —gritó John Mac Travis.

—¡Y que enviude pronto! —rió Morgan.

Leticia Hastings se acercó a la mesita del *living*, sonriendo, llevando la botella de champaña y cinco copas en una bandeja. La dejó sobre la mesita y señaló la botella con dedo tembloroso:

—¿Quién la descorcha? —musitó.

—Aparta de aquí… —empujó humorísticamente Morgan a Chaney—. Yo de esto entiendo mucho. Vamos a ver…

Segundos después se oía el taponazo y el
G-man
se apresuró a servir el dorado líquido burbujeante, que salía impetuoso, adornado con blanca espuma.

Una vez llenas las cinco copas, Morgan alzó la suya, juntándola a las demás, que esperaban en alto.

Se iba a hacer el brindis.

—Bueno… ¿Por qué o quién brindamos? —inquirió John Mac Travis.

—Muchacho, eres un poco tonto… —replicó Maxwell—. En esta ocasión, el brindis está bien claro… ¡Vivan los novios!

Iban a beber todos, pero Leticia hizo un gesto con la mano libre.

—Un momento, por favor —musitó.

—¿No te gusta el brindis? —Se pasmó Maxwell.

—Sí… Es muy bonito, Max, gracias…

—Bueno, ya sé que es vulgar, pero…

—No importa eso. Te lo agradezco igual. Pero yo… yo quisiera brindar por algo… más importante.

—¿Más importante que los novios? —exclamó John.

—¿Te ocurre algo? —Se inquietó Morris Chaney.

—No… No, querido, no… Es sólo que me parece que hay un brindis que no puede olvidarse en esta ocasión.

—Bueno… Por supuesto, querida, si ésa es tu opinión… ¿Por qué tenemos que brindar?

—Por el FBI… Por sus hombres, por su trabajo, por su eficacia mil veces comprobada, por su tesón, por su labor infatigable, por su esfuerzo continuo… Brindemos por el FBI, deseándole que, como hasta ahora, sepa salir airoso de tantas y tan difíciles situaciones. ¡Por el FBI!

Los cuatro agentes especiales del FBI se miraron unos a otros, un tanto asombrados. El brindis, ciertamente, no era ninguna tontería, pero sí resultaba inesperado.

—Por el FBI —musitó Chaney, finalmente.

—Por el FBI —brindaron también Mac Travis, Maxwell y Morgan.

Los cuatro
G-men
alzaron nuevamente sus copas y bebieron alegremente parte de su contenido… Morris Chaney bajó la suya, y se quedó mirando asombrado a Leticia, que permanecía inmóvil.

—¿Tú no bebes? —se extrañó.

—No.

—¿Por qué? Un brindis que has propuesto tú misma debería… ¡Max! ¿Qué te ocurre?

Maxwell Bolders había soltado su copa y se llevó ambas manos a la cabeza. Chaney dejó su copa en la mesita y sujetó a su compañero por los hombros.

—Max, ¿estás bien? Johnny, Morgan, ayudadme a… ¡Morgan!

Morgan Ball había dejado caer también su copa, de pronto. Dio un paso hacia Chaney, acercando una mano al hombro de éste. Pero antes de que consiguiera apoyarse, se derrumbó, de pronto, blandamente. John Mac Travis bostezó ruidosamente y se quedó mirando a Morris Chaney con ojos entornados, opaca la expresión.

Sus rodillas se doblaron lentamente, de modo que el
G-man
fue deslizándose hasta el suelo como en una película a cámara lenta.

—Johnny, ¿qué te pasa? ¡Johnny!

Todavía estaba cayendo John Mac Travis, cuando Maxwell Bolders se echó encima de Chaney, con todo su peso. Chaney lo apartó, alzando el rostro de su amigo y compañero del FBI. Vio los ojos cerrados, la sonrisa tranquila en los labios…, que se distendieron de pronto en un descomunal bostezo.

—Max…, ¿qué os pasa? Johnny, Morgan, ¿qué…?

Estaban ya los tres sobre la alfombra, al parecer sumidos en un profundo y tranquilo sueño. Morris Chaney quiso inclinarse sobre Maxwell, pero, sólo al intentarlo, la cabeza empezó a darle vueltas, de un modo blando, suave, velocísimo… Cuando vino a darse cuenta, estaba de rodillas. Muy borrosamente, veía ante él a sus tres compañeros, que parecían dormidos. Alzó la cabeza hacia su prometida, Leticia Hastings, y la vio en pie ante él, inmóvil. Muy borrosa, desde luego… Era como si Letty se fuese retirando, perdiendo en la distancia, haciéndose más y más pequeña. No podía distinguir sus facciones. Sólo el rubio cabello, el bonito cuerpo, que parecía desdibujarse, triplicarse…, multiplicarse…

—Letty… Letty, ¿qué… qué…?

Desde muy lejos, llegaron algunas palabras de la muchacha, trémulas, quizá:

—Lo siento… Lo siento, Morris, querido… Lo siento…

Y para Morris Chaney, éste fue el final del brindis.

CAPÍTULO III

Leticia Hastings contempló a los cuatro hombres caídos ante sus pies, sobre la bonita alfombra nueva del que se suponía era el futuro hogar de los Chaney.

Cuatro agentes del FBI fácilmente vencidos. Allí los tenía, dormidos, engañados con absoluta facilidad. ¿Realmente podían ser peligrosos alguna vez hombres como aquéllos, que eran narcotizados sin la menor dificultad?

—Ya está —dijo de pronto, en voz alta.

Una voz brotó, sorprendentemente, del fondo del *living*.

—Ha sido un buen trabajo. Ahora, mientras nosotros llegamos, ya sabe lo que tiene que hacer.

—Sí… Lo sé.

—Proceda inmediatamente. Tardaremos apenas tres minutos.

Leticia entró en el dormitorio matrimonial de la casita, todavía no estrenado. Abrió el armario, en el cual se veían ropas diversas, vestidos, algún traje… Abrió uno de los cajones para prendas pequeñas interiores de mujer, alzó éstas y dejó al descubierto cuatro pares de esposas. Las cogió y regresó con ellas, al *living*. Escogió uno de aquellos pares, pasó las manos de Morris Chaney hacia atrás, y cerró las argollas metálicas en sus muñecas. Luego hizo lo mismo con los otros federales. En menos de un minuto, los cuatro
G-men
estaban esposados, manos a la espalda, dormidos, completamente indefensos.

Conseguido esto, comenzó a registrarlos. Junto a cada uno de ellos, fue dejando todo lo que encontró en sus bolsillos. Encima de esas pequeñas cosas que todo hombre lleva en los bolsillos, fue dejando las cuatro pistolas. Y encima de éstas, las cuatro placas del

FBI.

Había sido fácil.

Y apenas terminada esta labor, sonó la llamada en la puerta de la bonita casa que poco antes había sido definida como «el nidito de amor» de un agente del FBI.

Leticia abrió la puerta y retrocedió ante los tres hombres que aparecieron en ella.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó uno de ellos.

—Sí… Sí, desde luego.

—Magnífico. Vamos a ver a esos valientes agentes federales.

Rieron los tres, quedamente. El último cerró la puerta y señaló con irónica amabilidad a Leticia el camino hacia el *living*. Cuando llegaron allí, los otros dos individuos ya estaban contemplando a los cuatro
G-men,
dormidos.

—Igual que angelitos… —rió Bud Dower—. Pero, observo que no los ha atado todavía por los pies, señorita Hastings. Y si no recuerdo mal, recibió instrucciones muy precisas respecto a esto.

—Como están dormidos, no creí que fuesen peligrosos…

—No, no, no… Usted no tiene por qué pensar, o tomar decisiones… Se le dijo todo bien claro, de modo que cúmplalo. Del mismo modo que se le entregó la botella de champaña con narcótico y las esposas, le entregamos unas cuantas cuerdas, destinadas a los pies de estos muchachos. Por favor, tráigalas.

—Sí… Sí, señor…

Leticia se fue hacia la cocina y Bud Dower señaló a uno de sus compañeros.

—Carson, ve a buscar a Don. Venid con el coche, hasta delante mismo de la casa. Todo va bien.

—Okay, Bud —sonrió Carson Hill.

Salió de la casa. Bud Dower señaló a su otro compañero el rincón del *living* en el cual había oído poco antes su voz Leticia Hastings.

—Quita el micrófono y el altavoz. Nos lo llevaremos todo, naturalmente. No hay que dejar rastros.

—Claro —gruñó Ira Carter.

Fue hacia el rincón señalado, y se dedicó a desconectar y

desmontar el micrófono y el altavoz allí instalados quién sabía desde cuándo. Estaba dedicado a ello, cuando reapareció Leticia Hastings, con un rollo de cuerda en las manos; también llevaba un flamante cuchillo de cocina, que Bud Dower cogió prestamente, siempre mirando con amable ironía a la muchacha.

—Si no se encuentra bien, puede sentarse… —dijo—. Yo me encargo de esto.

Cortó la cuerda en cuatro trozos, dirigiendo ávidas miradas de reojo a la muchacha, que se había sentado en el sofá, muy pálida, pero sin poder evitar que sus piernas resultasen igualmente bellas, perfectas.

Ira Carter continuaba recogiendo el micrófono y el altavoz, ambos de un tamaño reducidísimo. Bud Dower ató los pies de los cuatro agentes del FBI, con una pericia y solidez que dejaba escasísimas esperanzas de que los nudos pudieran ser deshechos por los propios federales; máxime, teniendo en cuenta que sus manos estaban sólidamente unidas, por unas esposas, a la espalda. Dower probó de sendos tirones el perfecto cierre de las esposas, y aprobó con un gesto de cabeza.

Carter se acercó a él, con los aparatos que habían estado instalados en la casita.

—Ya lo tengo todo —dijo.

—Bien… Parece que ya llegan Carson y Don…

Cierto. Apenas tres segundos después, los dos citados aparecían en el *living*.

Don Kauffman soltó una risita divertida, mirando a los cuatro derrotados agentes del FBI.

—Parece que ha sido fácil…

—Las mujeres consiguen siempre lo que quieren —sonrió Dower.

Los otros tres rieron con amable burla. Carson Hill se acercó a los caídos federales y dio un flojo puntapié en las costillas de Morris Chaney.

—Éste es el novio, ¿no?

—Sí. No lo estropees… —rió Bud Dower—. No hay necesidad de eso. Mmm… Como todavía queda algo de luz, vamos a esperar aquí unos minutos. Luego, meteremos a los cuatro bravos, valientes e inteligentes federales en un coche, y tú, Don, lo conducirás hasta el

río. Ira, Carson, yo y la señorita Hastings, iremos en nuestro coche y nos encontraremos donde está la lancha. Los pondremos en ella y los llevaremos adonde ya sabéis. Mientras tanto, veamos lo que llevaban en los bolsillos… Y no olvidemos que cada uno de nosotros cuatro tiene que quedarse con una de esas placas de agente especial del FBI.

CAPÍTULO IV

—Ya es la hora… —dijo Dower—. La oscuridad es completa.

—Me parece que hemos esperado demasiado… —Gruñó Ira Carter—. Teníamos tanto miedo de que alguno de los federales muriese, que cargamos con muy poco narcótico el champaña. Y estos dos están empezando a despertar.

Dower miró con cierta preocupación a Morgan y Maxwell, que, en efecto, se estaban agitando lentamente.

—Todavía dormirán el tiempo suficiente para llevarlos a la lancha —aseguró Dower—. Eso, si no perdemos tiempo. Adelante con ellos. Vosotros tres y la señorita Hastings llevadlos al auto en que llegaron esos tres.

A una seña de Kauffman, Leticia asió los tobillos de Morris Chaney, mientras aquél pasaba las manos por los sobacos del federal. Al alzarlo, Leticia estuvo a punto de perder el equilibrio, debido al peso lógico en un hombre de la envergadura de Chaney. Pero consiguió sujetarlo, y se dirigieron hacia la puerta con el G-man esposado y atado sólidamente por los pies.

Carson Hill e Ira Carter alzaron a John Mac Travis y salieron detrás. Abrieron la puerta de atrás del coche de los tres agentes del FBI y los tiraron dentro. Volvieron al interior de la casa, cargaron con Morgan y Maxwell, que suspiraban como en un dulce sueño, y pocos segundos después los metían también en el coche.

Al volante de este vehículo se puso Don Kauffman; partiendo inmediatamente hacia la blanca valla, que Carter abrió. Salió el coche de los federales, luego el otro, y Carter se metió dentro, en el asiento delantero, junto a Hill, que iba al volante. Detrás iban Bud Dower y Leticia Hastings.

Los dos coches cruzaron la avenida, y enfilaron el camino de tierra que llevaba al río, directos hacia la blanca mancha del pequeño embarcadero de madera pintada.

Se detuvieron al borde mismo, y sacaron a los agentes del FBI. Inmediatamente, Don Kauffman dio la vuelta al coche, y se lo llevó de allí, dispuesto a dejarlo donde lo había encontrado.

Bud Dower se acercó al embarcadero, donde había un hombre, en una lancha grande, potente, que preguntó:

—¿Todo bien?

—Perfecto, Bass. Los pasamos en seguida a la lancha. Ayúdanos.

Se volvió, haciendo señas a los demás. Leticia ayudó a colocar en la lancha a Morgan Ball, mientras Carter y Hill se encargaban de Maxwell Bolders. Los balancearon un poco y luego los soltaron. Los federales golpearon secamente con sus cuerpos en la cubierta, pero, ciertamente, muy poco daño podía causarles esa caída.

Leticia parecía muy fatigada cuando asió los tobillos de Morris Chaney.

—Déjelo… —dijo Bud Dower—. Ya lo pondremos nosotros.

—No, no… Estoy bien. Y quiero terminar esto cuanto antes.

—De acuerdo.

La muchacha asió fuertemente los tobillos de Chaney, no sin dificultades, debido al grueso lío de sólidas cuerdas que los ataban; las manos del G-man colgaban a su espalda, forzando un poco los hombros por el peso de los brazos. Había abierto los ojos, pero miraba hacia el negro cielo lleno de estrellas, sin comprender, sin tener, por el momento, la menor idea de lo que estaba ocurriendo…

—De prisa… —musitó Dower—. Ya se están despertando todos.

Acercaron a Morris Chaney al borde del embarcadero. Dower inició el balanceo para tirarlo a la cubierta de la lancha.

—Una… Dos… ¡Eh! ¡Por todos los…!

Se oyó claramente el chapoteo del cuerpo de Morris Chaney al hundirse en las turbias aguas del Hudson River, de considerable profundidad en aquella parte donde había sido construido el embarcadero.

Tras la exclamación de Dower, los demás se acercaron presurosamente al borde, con expresión sobresaltada, mirando

incrédulamente las aguas, que se habían cerrado sobre el
G-man
Morris Chaney.

—Dios… —gimió Leticia—. Dios mío…

Se miraba las manos, aterrada. Su normal fuerza femenina no había podido retener convenientemente los tobillos del federal, eso era evidente. Como consecuencia, a la cuenta de «dos», cuando el cuerpo balanceado de Chaney regresaba como un péndulo hacia el embarcadero, se había escapado de sus manos. Y el peso inesperado fue tal que también aquel pesado cuerpo lleno de músculos bien desarrollados escapó de las de Dower, casi arrastrándolo al agua…

—¡Se va a ahogar! —exclamó Carter.

—¡Por favor! —chilló histéricamente Leticia—. ¡Por favor, sálvenlo, sáquenlo de ahí…!

—Maldita sea —refunfuñó Dower.

—¿Qué haremos?… —Se asustó Carson Hill—. ¿Nos tiramos a por él? Debe estar en el fondo, empezando a ahogarse…

Dower contuvo a sus compañeros con un seco gesto.

—No… —rechazó—. La corriente se lo debe estar llevando río abajo. Es probable que salga a la superficie.

—¿Estás loco? —masculló Carter, irritado—. ¡Está esposado y atado de pies! ¡No podrá salir!

—Los agentes del FBI aprenden a nadar con la nariz, si es necesario. Vigilad bien a la superficie… Pero nada de saltar nosotros al agua. No podemos perder más tiempo. Si se las arregla para salir, lo subiremos a la lancha. Si no…

La solución que Bud Dower dio al problema no era demasiado buena, desde luego, pero todos sus compañeros la acataron, sombríamente. Leticia rompió a llorar, escondiendo el rostro entre las manos. Hill y Carter tiraron rápidamente a la lancha al último federal, John Mac Travis. Bud Dower y el tipo de la lancha miraban ávidamente hacia el agua, pero nada se veía.

—Es posible que salga más abajo, arrastrado por la corriente —sugirió Dower.

Nadie contestó. Don Kauffman llegó entonces, a paso rápido. Se quedó mirando, intrigado, a sus amigos.

—¿Qué pasa? ¿Qué estáis haciendo?

Bud señaló con un dedo tembloroso de rabia a Leticia.

—Esta estúpida… Se le escapó uno de los federales, y por poco me arrastra a mí al agua.

—¿Ha caído uno? —exclamó Kauffman.

—Precisamente, el novio. Vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo. Subamos a la lancha.

—No pueden dejarlo… —gimió Leticia—. ¡No podemos dejarlo que se ahogue así…!

—Usted tiene la culpa, ¿no? —le gritó ásperamente Dower—. ¡Ya le dije que si estaba cansada, nosotros lo tiraríamos a la lancha!

—Yo… yo creí… creí…

—¡Creyó! ¡Suba a la lancha!

La empujó rudamente, en verdad disgustado. Leticia tuvo que saltar la escasa distancia que separaba la embarcación del embarcadero… Una estrecha separación, de apenas dos pies, por la cual había pasado el cuerpo de Morris Chaney.

Ya a bordo, Dower miró disgustado al hombre de la lancha.

—¿Te habría costado mucho colocar la lancha pegada al embarcadero? —Gruñó.

El hombre refunfuñó algo respecto a que nadie hacía eso, para evitar los estropicios en la pintura de la lancha. Simplemente, él había obrado de un modo rutinario.

—¿Qué hago? —preguntó Kauffman, todavía en el embarcadero —. ¿Me llevo el coche o no?

—Claro… —Gruñó Dower—. Llévatelo de aquí, y ya nos veremos donde siempre. Nosotros vamos a llevar a éstos que quedan al sitio convenido.

—Está bien.

Don Kauffman se alejó de allí, con el auto. El marino había puesto en marcha la lancha. Dower le tocó en un hombro.

—Daremos unas vueltas por aquí, Bass. Quizá consiga salir a la superficie.

—No lo creo, pero no perdemos nada buscándolo unos minutos. Lo más probable es que ya esté ahogado, deslizándose hacia el mar por el lechó del río.

Leticia arreció en su llanto, y Bass apartó la lancha del embarcadero. Estuvieron buscando atentamente, sin dejar un solo rincón de aquella parte por examinar. Pero, ciertamente, el porcentaje de probabilidades que Morris Chaney había tenido en

contra pareció cumplirse, No fue visto. Ni la menor señal.

—Vámonos ya, Bass —susurró Dower.

La lancha partió río abajo, a buena velocidad. Bud Dower se dio cuenta entonces de que los tres G-men que tenía a bordo lo estaban mirando fijamente. Impávidos, inexpresivos. Simplemente, lo estaban mirando. No hablaban, no preguntaban, no protestaban: lo miraban, y eso era todo.

—Ella ha tenido la culpa —chirrió la voz de Dower, señalando a Leticia—. Se le escapó de las manos. Les aseguro que no queremos perjudicar a ninguno de ustedes. Ha sido un accidente… Un accidente que le ha ocurrido a ella, y a nadie más. De manera que si luego hay que pedir responsabilidades, ya saben a quién tendrán que dirigirse: la señorita Hastings es su pieza, su presa.

Mac Travis, Ball y Bolders miraron a la muchacha, que, a su vez, como si de pronto se hubiese quedado completamente muda, los miraba en silencio, muy abiertos los ojos, lleno el rostro de lágrimas… Luego, volvieron a mirar a Bud Dower, y éste comprendió que los G-men no tenían el menor deseo de hablar, de preguntar nada. Quedaron silenciosos, sombríos. Eso fue todo.

El fantástico resplandor de Nueva York City se veía ya muy cerca. Era como si en lugar de dirigirse hacia una ciudad, estuvieran navegando hacia una gigantesca bombilla, que ya iluminaba las aguas del río y todos los alrededores.

—¿Salgo por el East o por el Hudson mismo? —preguntó Bass.

—¿A mí qué me cuentas? —replicó ásperamente Dower—. Haz lo que te dé la gana. Lo que quiero es dejar pronto esta carga, así que acelera cuanto puedas.

Cogió una gran lona, la desplegó, y se acercó a los federales, que lo miraron con la expresión de quien sabe lo que va a ocurrir.

—Los voy a tapar con esta lona mientras cruzamos la ciudad. Por el bien de todos, no busquen complicaciones.

Ninguna respuesta. Los tres federales se dejaron cubrir con la lona sin el menor comentario, sin alterarse.

Luego, la lancha siguió río abajo a toda la velocidad posible.

CAPÍTULO V

Por fin, se detuvo junto a un yate, anclado fuera de los muelles, cerca de la costa de Nueva Jersey. La lona fue cuitada de encima de los tres agentes del FBI. Dower cortó las cuerdas que sujetaban sus pies, tras abrir las esposas para volver a cerrarlas colocando las manos de los federales sobre el estómago. Cuando los tres estuvieron libres de piernas, y con las manos nuevamente esposadas, por delante, Bud señaló la escala de cuerda que colgaba del costado del yate.

—Suban. ¿Podrán hacerlo?

Ni siquiera lo miraron. Mac Travis fue el primero en iniciar la ascensión, sin ninguna dificultad, por supuesto. Arriba se encontró con dos hombres, ambos armados de potente automática con silenciador. Morgan y Maxwell tampoco hicieron comentario alguno al ver aquellas dos armas que los mantenían a raya.

Leticia fue la última en subir. Para entonces, la lancha que conducía el llamado Bass, ya se alejaba, llevándose a Bud Dower, Ira Carter y Carson Hill, al parecer en dirección a Nueva York.

—Caminen —ordenó uno de los marinos, señalando con la pistola hacia la entrada a los camarotes.

Los federales y Leticia fueron hacia allí. Parecía un yate muy viejo o, por lo menos, tan deteriorado, que precisaba no pocos arreglos y un par de capas de pintura, por lo menos. Los escalones que llevaban a los camarotes estaban muy gastados, húmedos. Cuando llegaron al pequeño *living*-yacht, la impresión de viejo y abandonado se acentuó…

Leticia miró fijamente a uno de los hombres, y éste encogió los hombros, casi de un modo amable.

—Está bien, la llevaré allí. En cuanto a ustedes —miró a los

agentes del FBI—, van a poder circular tranquilamente por el interior del yate, distribuirse en los camarotes como quieran, charlar… Cualquier cosa menos subir a cubierta. Si lo hacen, todo irá mal… ¿Está bien entendido esto?

Los dejó allí a los cuatro, y regresó a cubierta, haciendo crujir blandamente los húmedos escalones.

Los tres G-men se quedaron entonces mirando fijamente a Leticia, con expresión entre intrigada y hosca. La muchacha se mordió los labios, fue hacia una de las puertas y la abrió.

Cuando los federales se asomaron, la niña que había dentro del camarote había alzado los ojos del cuento que tenía en las manos y los miraba con expresión de gran alegría infantil. Era rubita, de ojos muy azules; debía tener siete años, y le faltaban los dos dientes centrales superiores, cuyo hueco fue evidente cuando ella, sonriendo, se puso en pie de un salto, para correr hacia Leticia Hastings.

—¡Hola, tía Letty! —exclamó alegremente.

CAPÍTULO VI

—¿Qué vamos a hacer? —musitó Bud Dower.

Roscoe Burns, sentado tras la mesa de su despacho, movió negativamente la cabeza. Era un hombre apuesto, atractivo, de apenas treinta y cinco años, mirada viva e inteligente, gestos elegantes, seguro de sí mismo. Pero en aquella ocasión era evidente que no parecía muy tranquilo.

—No lo sé… —musitó—. Es un contratiempo peligroso. Matar a un agente del FBI es como ponerse uno mismo la soga al cuello.

—¡Pero nadie lo mató!… Fue por culpa de esa estúpida… Se le escapó de las manos, cayó al río… ¡No ha sido más que un accidente!

—Sí, sí, por supuesto… Pero esperemos que no tengamos que explicar esa clase de «accidente» al FBI. Ciertamente, tenemos raptada a una niña, a una muchacha y a tres federales. Eso, en sí, ya es bastante malo para complicarlo ahora con la muerte de un G-man.

—¿Abandonamos el plan, entonces? —susurró Kauffman.

Roscoe Burns le dirigió una mirada fulminante.

—Eres un imbécil, Kauffman. Si te asustas tan pronto, no debiste nunca aceptar trabajar para mí.

—Bueno… Me pareció que usted vacilaba, señor Burns.

—¿Yo? Me parece que tu cabeza no funciona debidamente. Llevo mucho tiempo preparando este asunto, y no pienso abandonarlo ahora por el hecho de que un federal haya tenido mala suerte. Como quien dice, tenemos ya en nuestras manos tres millones de dólares… ¡Tres millones de dólares, Kauffman!… ¿Cuántas estupideces no habrás cometido tú por mucho menos dinero?

—Sí… Eso es cierto, señor Burns… En realidad, yo no estoy asustado. Al fin y al cabo, no tenemos por qué pensar que el FBI va a descubrirnos. Estamos tomando precauciones por si acaso, para evitar los cargos de asesinato u homicidio, pero… es de suponer que no nos atraparán.

—Depende de si pasado mañana os portáis igual que hoy… o con más inteligencia.

—Lo haremos bien, puede estar seguro… —afirmó rotundamente Bud.

—Así lo espero. Es el golpe de mi vida, Bud. Si me falláis, os haré pedazos yo mismo. ¿Está claro?

Todos asintieron mientras Roscoe Burns los iba mirando de uno en uno: Bud Dower, Carson Hill, Ira Carter, Don Kauffman. Los cuatro ante él, sentados en los mullidos sillones del confortable despacho de su jefe, fumando sus cigarros habanos. Tras ellos estaba la puerta que no conseguía detener del todo la música que sonaba al otro lado. Una música fuerte, violenta, electrizante: «madison», «jerk», «*twist*», «*rock*»… De todo un poco, menos música romántica. El sonido de la batería y el de la trompeta eran los más fuertes.

—Okay… —continuó Roscoe Burns—. De momento, yo me quedaré con las placas y los documentos de esos agentes del FBI. Cuatro placas, es decir, una para cada uno de vosotros. Pero sería desastroso que os ocurriera algo y os encontraran encima una de estas placas, de modo que me las quedo, hasta que tengáis que usarlas.

Todo estaba encima de la mesa, ante él. Burns sacó un sobre de recio papel amarillo de un cajón de su mesa. Lo abrió bien, y lo puso en el borde de la mesa. Con un bolígrafo, fue empujando dentro las pertenencias de los

G-men.

Pon fin, cerró el sobre. Se levantó, fue hacia la pared que tenía a su espalda, apartó un cuadro y marcó la combinación en la pequeña caja fuerte empotrada. Metió dentro el sobre, cerró y se volvió hacia sus hombres.

—Podéis marcharos. Y ya sabéis: no me importa lo que hagáis, menos beber. Podéis bailar ahí fuera, llevaros a una chica, hacer unas partidas de póquer, ir al cine, a la lucha… Cualquier cosa,

menos beber. En boca cerrada no entra plomo.

—Descuide, señor Burns. Por un cuarto de millón de dólares, yo hasta me haga el muerto, si quiere —bromeó Carter.

Los cinco sonrieron. Roscoe Burns alzó una mano.

—Espero, que os deis cuenta de que éste va a ser el «golpe» más fácil de vuestra vida, y el más productivo. Con doscientos cincuenta mil dólares, podéis iros a cualquier parte del mundo a vivir como reyes, sin malgastar en tonterías. Pensadlo bien, y no cometed ninguna tontería… ¿Recordáis lo que tenéis que hacer durante el día de mañana?

—Claro… —sonrió Bud—. Nos daremos un par de vueltas, en coches distintos, para estudiar por última vez la carretera. Iremos por separado cada vez. Luego, por la tarde, vendremos aquí, y cada uno dirá lo que ha visto y lo que opina, de modo que usted tenga varias opiniones en lugar de una sola de los cuatro.

—Perfecto. Hasta mañana, pues.

Los cuatro se levantaron y fueron hacia la puerta. Kauffman estaba a punto de abrirla, cuando Dower se lo impidió, mirando a Roscoe Burns.

—Hay algo… que nos tiene un poco… inquietos a los cuatro, señor Burns.

—¿Qué cosa?

—Esos federales… Y la niña, y la chica… ¿Qué pasará cuando hayamos terminado el trabajo? Quizá la niña y su tía no dijeran nada, o no fuesen capaces de describirnos al FBI, pero esos tres agentes…

—¿Qué pasa con ellos?

Bud Dower movió la cabeza, preocupado.

—Si los dejamos libres, nos encontrarán. Oh, demonios, yo sé que esos tipos del FBI nos encontrarán, aunque nos escondamos dentro de un volcán. Moverán…

—Bud, los muertos no pueden mover nada.

—¿Los muertos? Pero usted dice que no quiere muertes…

—No quiero muertes antes de saber cómo van a ir las cosas. Si el «golpe» fracasase, al menos no podrían acusarnos de asesinato, ¿no lo comprendes? Eso, aun contando con el agravante de los raptos, sería un atenuante para nosotros. Seríamos considerados como… personas, no como fieras sanguinarias. Es un buen punto a nuestro

favor. Por tanto, los dejaremos vivos hasta después del trabajo. Si todo sale bien, sin ningún contratiempo, y sabemos que ni la Policía ni el FBI van a encontrar nuestro rastro, entonces, sólo entonces, habrá llegado el momento de… evitar que otras personas pudieran acusarnos. Y puesto que ya no tendremos la preocupación de fracasar o ser identificados, los testigos que existan serán eliminados… Pero sólo al final, Bud.

Éste se tocó la frente con un dedo.

—Eso es pensar, señor Burns. Hasta mañana.

—Adiós.

Kauffman abrió la puerta, por fin, y los cuatro salieron del despacho, oyendo ahora mucho más fuerte el sonido de la música. Ante ellos se extendía un largo pasillo, por el cual paseaba un tipo alto, de hombros anchísimos y mirada perruna, agria.

—Ciao, Fenwick… —saludó Hill—. Vigila bien al jefe; cuídale.

—Seguro —sonrió Fenwick, mostrando unos enormes dientes.

Al final del pasillo había una puerta, que daba a un pequeño cuarto, con algunos taburetes. Las paredes estaban llenas de cubiertas de discos de música rabiosamente moderna: grupos de todas clases, cantantes solitarios…, muchachas ataviadas a estilo *hippy*…, otras en bikini o con sarong… Guitarras eléctricas, baterías, trompetas… Las cubiertas de los discos musicales formaban un conjunto lleno de color, una decoración muy adecuada al ambiente. Allí se oía la música con mucha más fuerza, y cuando abrieron la otra puerta, el estruendo fue tremendo, arrollador.

Ante ellos, la gran sala, donde quizá cien parejas de jovencitos se movían en aquel momento al ritmo de un «jerk» furiosamente reciente. El humo de los cigarrillos formaba una nube baja de difícil penetrabilidad. A la izquierda, el bar, donde primordialmente, de acuerdo a la ley, se servían bebidas no alcohólicas, a menos que el cliente demostrase tener la edad adecuada. A la derecha, un tablado alto, donde seis muchachos, llamados The Octopus, con brillante uniforme color oro y pantalones de «pata de elefante», lanzaban sus berridos enervantes al viciado aire de la sala. En el centro, en la gran pista de baile, chicos y chicas de diversas edades, con los más dispares atuendos: vestidos y trajes normales, pantalones en algunas chicas, minifaldas en otras, jerseys, chaquetones de piel, gorras de colores, sandalias, botas altas…

Detrás del tablado de la familia The Octopus, en la pared, un letrero luminoso, en rojo, con una estrella azul en el centro. Las letras luminosas decían «Good Star Dancing». El *dancing* de la buena estrella…

—¿Nos quedamos? —propuso Kauffman.

—¡Bah! —despreció Carter—. Sólo hay mocosas…

—Hombre… También viene por aquí alguna madurita que va buscando… fortuna —guiñó un ojo—. ¿Eh?

—Yo me largo… —dijo Dower—. Y si queréis un consejo, creo que no es conveniente que nosotros estemos demasiado por aquí.

—En eso tienes razón. Además, hay sitios donde todas son… maduritas.

—¿Por qué no vamos a mi apartamento, a liarnos en un póquer?

—No, no… Cuanto menos estemos juntos, mejor. Yo creo que lo mejor es que cada uno se busque su diversión por ahí, a solas. Ya nos veremos mañana.

—Está bien… Sí, creo que Bud tiene razón. Me voy a tomar un bocadillo por ahí y luego a la lucha libre… ¿Viene alguien? ¿No? Pues hasta mañana.

Abandonaron el Good Star Dancing por separado, cada uno dispuesto a buscar su propia diversión, y, sobre todo, a evitar que los relacionasen demasiado entre sí.

El «golpe» bien merecía la pena.

CAPÍTULO VII

El coche se detuvo cerca de la esquina. Un hombre se apeó de la parte de atrás y se dirigió como paseando hacia el centro de la calle por el borde de la acera. Se detuvo ante un edificio de apartamentos de quince pisos y se quedó mirando el portal oscuro con los ojos entornados. Alzó la cabeza, mirando hacia el último piso del edificio. Luego miró a ambos lados de la calle. Ni un alma.

Con paso rápido y decidido entró en el portal. Subió media docena de escalones, entró en el vestíbulo empujando la puerta de cristal y, gracias a la luz de uno de los ascensores, localizó en seguida las filas de buzones de los inquilinos del edificio. Se acercó allí, pero, puesto que la luz de los ascensores no bastaba para que se viesen los nombres en cada casillero, sacó un bolígrafo, apretó el botón superior y un fino rayo de luz apareció por un lado.

Tardó diez segundos en encontrar el que, evidentemente, estaba buscando, ya que la luz se detuvo allí y luego se apagó. El nombré que había en este último buzón era el de Leticia Hastings. Apartamento 6-D.

El hombre subió, pues, hasta el sexto piso a pie; encontró inmediatamente el apartamento D y aplicó el oído a la puerta. Estuvo escuchando no menos de un minuto, tenso, atento.

Por fin, sacó un pequeño manojo de ganzúas, que apenas sonaron. Miró la cerradura, miró luego a ambos lados del pasillo iluminado por dos apliques en ambas paredes, y, por último, introdujo la ganzúa en la cerradura. Tanteó unos segundos, movió la mano hacia la derecha. Se oyó un levísimo chasquido, y la puerta cedió. El intruso la empujó y cerró velozmente, cerrando tras él, de modo que se encontró en la más completa oscuridad.

De nuevo recurrió a la linterna-bolígrafo, con ayuda de la cual,

en menos de un minuto, se convenció de que no había nadie en el apartamento de Leticia Hastings.

Entonces dio la luz y se quedó luego en el centro del apartamento, rascándose la coronilla, fruncido el ceño.

Ciertamente, aquél no era un trabajo agradable para realizar a las dos de la madrugada, pero…

Capítulo VIII

Uno de los tres hombres que habían quedado en el coche consultó una vez más su reloj.

—Está tardando demasiado, señor.

—No hay prisa. Además, eso demuestra que la señorita Hastings no está en su apartamento —el inspector Meeker se volvió ligeramente hacia el hombre que se sentaba a su lado en el asiento de atrás, sombrío, silencioso—. ¿Tienes idea de dónde pueda estar ella?

—No, señor.

—Bien... Un caso curioso el de esa muchacha... Eso prueba que ni siquiera los del FBI somos listos del todo. Supongo que ella estará ahora con Morgan, John y Maxwell. Y podemos tener una fundada esperanza de que ellos estén vivos. Nadie se molesta en capturar a cuatro agentes del FBI para luego matarlos, después de haberlos tenido más de una hora dormidos a los pies... ¿Qué hora es ya, Nick?

—Las tres y cuarto. Hace más de una hora que Phil entró en el edificio, señor.

—Ya... Ahí viene. Pon el coche en marcha, Nick.

El motor zumbó suavemente, y el coche se adelantó al encuentro del hombre que caminaba por la acera tras abandonar el edificio de apartamentos. Entró en el auto sin que éste tuviera que detenerse siquiera, sentándose junto a Meeker, que le había dejado sitio.

—¿Y bien, Phil?

—Ella no estaba, señor. Tampoco he encontrado nada que me pareciera interesante... Salvo una cosa.

—¿Qué cosa?

—Un número de la revista *Playboy*.

Farley Meeker contuvo un respingo de asombro. Se volvió hacia el otro hombre que ocupaba el asiento de atrás.

—Una revista como ésa, tan… poco edificante en general. Chicas desnudas, historietas picantes, chistes escandalosos, artículos de escaso gusto, por no decir ninguno… ¿Sabías tú que Leticia leía esas cosas?

—No, señor. Al parecer, no sabía nada sobre ella.

—Bien…

—Hay algo interesante en todo esto de la revista, señor —dijo Phil Winon—. Bueno, quizá yo sea un poco… optimista, pero juraría que podría ser una pista.

—Explícate.

Phil Winon dio la luz del interior del coche y sacó la revista de un bolsillo interior de la chaqueta. La mostró, abierta por determinada página, en la cual se veía a una espléndida rubia de grandes ojos sonrientes. En el ángulo inferior derecho estaba el nombre de la dama: Olivia «Goldie» Stevenson.

—Ejem, ejem… —farfulló Meeker—. Muy interesante, Phil; pero…, bueno…, ¿qué pasa con esta chica? ¿La conoces?

—No, señor. La revista estaba… digamos que mal escondida en el armario de Leticia Hastings. Y estaba abierta por esta página.

—Bien… Quizá la compró y la estaba leyendo o mirando…

—Este número de *Playboy* es de hace siete meses, señor. Fue publicado en noviembre. Sin embargo, véalo: está nuevo, flamante. Parece como si todo lo que hubiese despertado el interés de Leticia Hastings fuese esta página donde está «Goldie» Stevenson. Le diré otra cosa: si una chica quiere esconder esta revista para que nadie se entere de que tiene esta clase de lecturas, hay sitios mejores que en el armario, poco menos que a la vista. Y, por último, o yo estoy loco o estas letras y estos pequeños números que se ven aquí abajo son un número de teléfono de Brooklyn.

El tercer ocupante del asiento trasero del gran automóvil tomó la revista, y tras un brevísimo vistazo asintió con la cabeza.

—Es un número telefónico de Brooklyn, no cabe duda.

—No lo entiendo… ¿Cree que Leticia pudo dejar esto como una pista para nosotros?

—No lo sé, señor. Le aseguro que no entiendo lo que ella ha hecho. No entiendo nada. ¡Maldita sea, y pensar que…!

—Cálmate. No conseguirás nada irritándote; al contrario… ¿No se te ocurre nada respecto a lo que ella pudo intentar con esto de la revista? Tú la conoces mejor que nadie…

—Je… Eso creía yo. Pero… ni idea, señor.

—Bueno… Habrá que colocar a un agente vigilando el apartamento de Leticia Hastings. Mientras tanto, nosotros nos ocuparemos de localizar a la persona que tiene este número de teléfono, y que, según parece…

—Pero… ¿ahora, señor? —masculló Phil Winon.

—Ahora —sonrió secamente Meeker—. Cuando hay algo que hacer, en el FBI no existe el mañana. Y no me digas, Phil, que no te gustaría encontrar a… a «Goldie» Stevenson.

—Por una parte, sí; pero… —Se estremeció— después de lo que le ha pasado a Morris, quizá fuese mejor no encontrarla.

—Pues hay que hacerlo. No resultará difícil para el FBI localizar el domicilio de Olivia «Goldie» Stevenson teniendo su número de teléfono. En marcha.

CAPÍTULO IX

Olivia «Goldie» Stevenson estaba tan despampanante en la realidad como en fotografía.

Porque con aquel modelito azul de primavera, Olivia Stevenson igualmente dejaba patitiesos a los hombres que se cruzaban con ella. Cuando por fin encontró un taxi y se metió dentro, la circulación se normalizó en Atlantic Avenue (Brooklyn), y los hombres pudieron volver a caminar mirando hacia delante. El que empezaba a mirar hacia atrás era el taxista; pero, afortunadamente, contaba con el retrovisor.

—Lléveme a New Jersey, Hoboken, Washington Street —dijo.

El taxista asintió con la cabeza, porque se había quedado mudo de admiración.

* * *

—¿Qué número busca? —preguntó.

—Déjeme aquí —dijo ella—. Seguiré a pie.

—Como guste.

«Goldie» pagó la carrera, se apeó en la punta de Washington Street, esquina con Newark, y, para evitar incendios en los corazones, se puso el ligero abriguito de entretiempo. Esperó a que el taxista se alejara y entonces continuó caminando calle arriba.

Seis o siete minutos más tarde entraba en un elegante bar que tenía terraza a la calle, hacia el East River. Pero no se quedó allí. Cruzó el salón y pasó a la parte de atrás, donde había otra terraza descubierta, interior. Había palmeras enanas, hortensias gigantes y unos bonitos setos que separaban las mesas allí dispuestas. No cabía casi nadie allí; el público, sin duda, en plena primavera, prefería

contemplar el río, estar al aire libre en la terraza exterior.

Aunque, claro, siempre hay quien prefiere los ambientes más discretos. Por ejemplo, Roscoe Burns, que estaba sentado solo a una mesa, con un martini con hielo ante él. Se levantó cuando «Goldie» apareció, y la despampanante rubia se dirigió hacia él sin vacilaciones.

—Hola, querido. ¿Hace mucho que…?

—Olivia —gruñó Roscoe Burns—: no me importa esperarte; pero que sea cuando yo te llame. Cuando me llamaste anoche para citarme aquí estaban los muchachos conmigo… Pero igual podía haber tenido una visita menos…, conveniente.

Olivia se había sentado, y Burns la imitó, disgustado.

—Lo siento, amor… —sonrió ella—. ¿No querrás que almorcemos juntos?

—Tomaremos un aperitivo, y eso será todo. Y de prisa. ¿Cómo he de decirte que de ningún modo tienen que relacionarnos? Está todo preparado, incluso el yate a tu nombre… ¿No comprendes que es peligroso que nos veamos?

—Oh, nadie nos conoce aquí, querido.

—Está bien… —suspiró resignado Burns—. ¿Qué es lo que quieres?

Lo primero que quiso Olivia fue un martini. Esperó a que el camarero se alejara en su busca, y entonces miró ansiosamente a Burns.

—Esteba impaciente por saber cómo habían ido las cosas, amor.

Roscoe Burns se mordió rabiosamente los labios.

—¿Eso es todo? ¿Sólo para eso nos complicas la vida a los dos? Si algo hubiese salido mal ya te habría avisado.

—Entonces… ¿todo fue bien?

—Todo… Hubo un pequeño contratiempo, pero espero que no tenga consecuencias… para nosotros: Uno de los federales cayó al río y desapareció.

—Oh, Roscoe, si ese hombre ha muerto…

—¡Je! ¿Y qué otra cosa? Estaba esposado, atado de pies… Lo estuvieron buscando; pero, naturalmente, no salió. Por lo demás, todo perfecto. ¿Algo más que te interese?

—Bueno… Yo creí que Leticia quizá hubiese prevenido a su novio, ese tipo del FBI…

—Si así hubiera sido, querida, el FBI se habría volcado encima tuyo… Como eso no ha sucedido, es que Leticia Hastings siguió con toda exactitud tus instrucciones. Ahora sólo queda esperar a mañana para recoger como fruta madura esos tres millones de dores. Luego…, ¡a disfrutarlos!

El camarero regresó con el martini, de modo que ambos permanecieron silenciosos. Cuando se alejó, Burns miró torvamente a la despampanante Olivia.

—¿Estás segura de que no has hablado a nadie de esto?

—¡Claro que no!

—Y supongo que tampoco se te habrá escapado que tu novio te ha regalado un yate.

—No, no… Me gustaría gritarlo a los cuatro vientos; pero tú me dijiste que no tenía que decirlo.

—Buena chica… —sonrió Burns—. Piensa que lo que estamos haciendo es peligroso, Olivia… No es un juego. Hay cinco personas raptadas en el yate y un agente del FBI ahogado. Aparte, mañana conseguiremos tres millones de dólares… Espero que te des cuenta exacta de la situación.

—Querido, me hablas como si yo fuese tonta…

—Tienes razón… A fin de cuentas, a ti te interesa igual que a todos que el asunto termine bien. Fuiste quien me dio los datos para raptar a la sobrina de Leticia Hastings en Boston y quien fue a decirle que si no seguía al pie de la letra tus instrucciones la niña moriría. Todo eso es un delito muy grave, Olivia.

—Yo… lo he hecho… todo por ti, Roscoe. Cuando me compraste el yate y dijiste que tenías en marcha la primera parte de un plan formidable, pensé en seguida en ayudarte… Yo conozco hace años a Leticia, y sabía que estaba prometida a un agente del FBI. Ella y yo habíamos seguido… caminos distintos, pero… pude ayudarte, ¿no es cierto? Tú te habrías conformado con insignias de algunos policías, y yo te sugerí lo del FBI.

Burns le palmeó una mano, amablemente.

—Estuviste formidable. Por eso ya sabes que el yate está a tu nombre, y que si algo me ocurre a mí nadie te molestará ni irán a pedirte cuentas de nada. Pero, Olivia, querida, recuerda que para eso es necesario que nadie nos vea juntos, que no puedan relacionarnos… Si esto ocurriese, estaríamos perdidos ambos. Y yo

preferiría, si algo me ocurriese, que nadie pudiera molestarte a ti. O al revés, claro.

—Sí… Lo entiendo, amor… Pero estaba inquieta, quería saber cómo iban las cosas… Y, además, tenía tantos deseos de verte… Hace muchos días que no…

—Un poco más de calma, querida. Seguramente mañana al anochecer te llevarán los tres millones de dólares al yate. Entonces habrá terminado todo, y en breve, si no ha habido contratiempos, podremos estar juntos para siempre. Son simples medidas de precaución, más en tu beneficio que en el mío.

—Roscoe, te quiero tanto…

—Y yo a ti… —sonrió Burns—. Nunca olvidaré la tarde que apareciste en el Good Star acompañada de aquellos tontos tipos y estúpidas muchachas… Cuando vi que ellos se marchaban y que tú te quedabas, supe que lo hacías por mí. Y me dije que, puesto que yo era el propietario del *dancing*, nada más apropiado que sacarte a bailar…

—Y pediste al conjunto una música especial… Yo te dije que había… rodado mucho, y tú dijiste que tú también, y que eso no tenía importancia… ¡Oh, Roscoe, no sé si podré resistir hasta que podamos estar juntos, con tranquilidad, todo el día…!

—Tienes que resistir… Igual que yo. Hasta ahora lo hemos hecho todo bien. No lo estropees, Olivia. Y ahora, puesto que ya debes estar tranquila, es mejor que te marches.

—Yo… ¿Qué hago estos días?

—Dedícate a comprar cosas para el viaje en yate —sonrió él—. Es un pasatiempo que a cualquier mujer le encanta.

—¡Oh, sí! ¡Eso haré!

—Magnífico. Y ahora, querida, sería mejor que nos separásemos.

—Roscoe; a veces creo que no me quieres, que sólo me has estado utilizando para tus planes… Te soy útil y eso es todo.

—No digas eso —frunció el ceño Burns.

—Yo… he conocido a muchos hombres, sé muchas cosas… Jamás quise a ninguno… A ti, sí. Y sería terrible que precisamente tú…

—Estás, fantaseando, querida. ¿Crees que habría confiado en ti si no te amara? ¿Tan loco me crees?

—Está bien… —suspiró «Goldie»—. Supongo que todo se debe a

que tú sabes dominarte mejor que yo. Si… Me voy ahora mismo… Ah, una cosa, querido, ¿qué pasará con la gente que tenemos en el yate cuando todo haya terminado?

—Mmm… Pensaremos algo conveniente, no te preocupes.

—Bien… Siempre tienes razón, lo sé. Adiós, amor.

—Adiós… Compra muchas cosas, querida.

—Sí… Sí. Adiós…

Olivia «Goldie» Stevenson abandonó la terraza, luego el elegante bar llamado
Mackey's
y, de nuevo en Washington Street, tomó un taxi. Mientras tanto aún en el
Mackey's,
Roscoe Burns, fruncido el ceño, se dispuso a pagar la cuenta. Lo hizo, salió del bar, fue al *parking* y se metió en su auto.

… Y apenas lo había puesto en marcha cuando Phil Winon, calmosamente, salía del bar y se dirigía hacia otro de los coches aparcados en el recinto privado del
Mackey's.
Para cuando llegó al auto en el cual esperaban tres hombres, el de Roscoe Burns se había perdido de vista.

Entró en el coche, y el inspector Meeker lo miró hoscamente.

—¿Qué ha pasado? Olivia Stevenson ha salido hace casi cinco minutos, Phil. No sabemos dónde estará ahora…

—No importa. ¿Ha visto al hombre que acaba de salir, señor?

—Sí…

—Ella ha estado estos minutos charlando con él. Han tomado un martini. Parecían… un poco inquietos. Les he tomado unas cuantas fotografías desde la mesa que ocupé en la terraza interior. Pero…, bueno, yo juraría que conozco a ese tipo.

—¿Quién es?

—No sé. Pero le conozco de algo… Sé que he visto su rostro en alguna parte. Por tanto, me ha parecido mejor no acercarme más a él por si también me conoce a mí… Creo que sabremos muy pronto quiénes ese pájaro si enviamos su fotografía por «velofoto» a Washington. Quizá incluso la tengamos aquí mismo, en Nueva York.

—¿Y si no es así?

—Entonces, quizá habría llegado el momento de abordar

seriamente a «Goldie», señor.

—Hum… ¿Qué opinas tú? —Se volvió hacia su sombrío acompañante.

—No perdemos nada haciendo las cosas con calma. Todo lo que espero es que no lleguemos más tarde, señor.

—No se atreverán a matar a tres agentes del FBI… —susurró, no muy convencido, el inspector Meeker—. Ni creo que maten a Leticia… Levanta el ánimo, hombre.

—Si se dan cuenta de que ella los ha engañado, la matarán. Eso suponiendo que estemos sobre la buena pista. Creo que Phil tiene razón, señor. Hagamos las cosas con calma.

Meeker asintió con la cabeza.

—Nick —dijo—, a la Delegación a toda marcha. A ver si las fotografías que Phil ha tomado nos sirven para algo. Si ese tío, o la propia Olivia Stevenson, están fichados, lo sabremos en menos de dos horas.

CAPÍTULO X

Fue, ciertamente, en unas dos horas. Las comunicaciones privadas del FBI entre sus distintas Delegaciones y entre éstas con la Central en Washington son algo que escapa a toda ponderación o a la imaginación más desbordada.

Antes de las tres de la tarde, el inspector Farley Meeker tenía ante él informes más que suficientes para intentar trabajar en serio. Siempre y cuando, naturalmente, la pista que creían tener fuese en verdad una pista y no un patinazo, al cual está expuesto cualquier policía del mundo.

—Bueno… El tipo ese, el de la foto, se llama Roscoe Burns… Hace seis años estuvo metido en un pequeño jaleo en Los Ángeles (California). Por lo visto, decidió cambiar completamente de aires, y se vino a la costa atlántica. Un hombre… prudente. En la actualidad tiene un *dancing* en la calle Cuarenta y Dos llamado Good Star. Hasta la fecha, en Nueva York no ha dado que hablar. Se podría pensar que está considerando la posibilidad de vivir honradamente.

—Hace años que no visito un *dancing* —sonrió Phil Winon—. ¿Qué hay de la chica, de «Goldie»?

—Nada. Absolutamente nada. Lo único que sabemos de ella es lo que hemos averiguado por nosotros mismos. Esto es, que posó para la revista *Playboy* hace unos meses. Le debieron pagar quinientos o mil dólares, y eso es todo. No está fichada ni controlada por ningún concepto, de modo que si queremos saber algo más de ella habrá que moverse.

—No es gran cosa —se decepcionó Nick Corning.

—Pues no… No, desde luego. Sin embargo, sí tenemos un detalle interesante sobre Roscoe Burns. Es decir, sobre su hermano. Se llama Douglas y está cumpliendo condena de cinco años por

intento de atraco a un pagador de una compañía papelera. Iba armado.

—Según parece, estamos igual que al mediodía. Eso no nos ayuda en nada, señor. Tendremos que acercarnos a esas piezas si queremos saber si cojean.

—Sí… Inevitablemente, así ha de ser. Pero, muchachos, quiero que penséis en todo momento que tres de nuestros compañeros están… en un lugar desconocido. Si estamos dando en el blanco, es posible que nuestros disparos asusten la caza. Concretamente, quiero decir que si nos acercamos demasiado es más que posible que Maxwell, John y Morgan corran un serio peligro. Habría que hacer las cosas de un modo… sutil. Es interesante, sin duda, saber qué pretende esa gente, sean quienes sean. Pero aún más importante es sacar del apuro a nuestros tres compañeros… —Meeker miró uno a uno a sus agentes—. Supongo que me he expresado con claridad.

—¿Qué sugiere usted, señor?

—El truco del delincuente falso. Sabemos que el hermano de Roscoe Burns está en la cárcel. Sabemos que éste anduvo metido en un lío en Los Ángeles… Cabe la posibilidad de que esté pensando en meterse en otro; pero, obviamente, si vamos a preguntárselo, los cuervos alzarán el vuelo. Uno de vosotros tendrá que ir a ver qué pasa.

—Puedo ir yo mismo, señor… —propuso Phil—. No me conocen. Yo recordé a Roscoe Burns porque su rostro me era familiar… Lógico, ya que recordaba la fotografía de su hermano cuando su asunto que lo llevó entre rejas. Pero ahora sabemos que entre Roscoe Burns y yo no ha habido nada directo.

—Está bien pensado, Phil.

—Yo iré —dijo el sombrío acompañante de Meeker.

—¿Tú? ¿Estás loco? ¡A ti te conocen!

—Puedo caracterizarme de tal modo que jamás me recordarían. Lo he hecho en varias ocasiones, señor. Usted sabe que a los veinte años quise ser actor y que conseguí…

—No sigas, no sigas… Nos sabemos la historia de memoria. ¿No crees que sea demasiado arriesgado?

—Es posible, señor. Pero mis tres compañeros están en esa situación por mi culpa, por decirlo de alguna manera. Luego está

Leticia. Quiero ser yo quien se meta en esto, señor.

Farley Meeker estuvo unos segundos acariciándose pensativamente la barbilla.

—Bien… El riesgo es grande, pero nadie mejor que tú puede intervenir en esto. ¿Crees que podrás conseguir una buena caracterización?

—Con toda seguridad, señor.

—Ejem… De acuerdo. Llama al alcaide de la prisión donde está el hermano de Roscoe Burns. Phil y Nick irán allá a toda velocidad. Cuando lleguéis —miró a los dos G-men—, el alcaide os dirá lo que tenéis que hacer. Decidle a Thomas que entre. En marcha, muchachos.

—Sí, señor.

Los dos federales salieron del despacho de su jefe. Casi en el acto y mientras el acompañante de Meeker estaba esperando al teléfono, Thomas, el ayudante de Meeker, entró en el despacho.

—¿Desea algo, señor?

—Sí, Tommy. Llama a Servicios Especiales. Quiero a la mayor brevedad posible un falsificador. El mejor.

—En seguida, señor.

Thomas salió del despacho, Farley Meeker se frotó las manos, nervioso y optimista. Si todo estaba bien encaminado, iban a darle un verdadero disgusto por sorpresa a Roscoe Burns.

Mala cosa era importunar al FBI.

CAPÍTULO XI

Hacia las siete de la tarde, Roscoe Burns se sentía más complacido. Ante él, fumando otra vez sus cigarros habanos y cómodamente repantigados en sus sillones, estaban Bud Dower, Carson Hill, Ira Carter y Don Kauffman.

—Bien… Parece que todo fue bien planeado y estudiado… —sonrió Burns—. Eso quiere decir que dentro de veinticuatro horas tendremos los tres millones de dólares.

—Es un día más de espera… —musitó Dower—. Y no sabemos lo que está ocurriendo en el yate mientras tanto.

—Bud, no seas cretino… —rió Burns—. En el yate hay un radioteléfono, y Loriman me va informando de cualquier novedad cada tres horas. Pero no hay novedad. Todo sigue igual, todo va bien.

—Podíamos haber estudiado el modo de ahorrarnos este día de espera —insistió Dower.

—¿Qué perdemos con ello? Al contrario, ganamos. Si algo va mal, en veinticuatro horas tenemos tiempo de enterarnos, y entonces sólo nos queda plegar velas y hacernos los tontos. En cambio, así sabemos que el FBI está completamente desorientado. Eso es una garantía a nuestro favor, ¿no crees?

Bud encogió los hombros, y los demás lo miraron sonriendo un tanto irónicamente.

Roscoe Burns echó un último vistazo al plano del estado de Nueva York que tenía ante él, en la mesa. Su sonriente mirada se posó en Long Island.

—Bueno… Parece que, en efecto, es fácil dar el golpe en la carretera estatal 25. Y el lugar más indicado es entre Jericho y Smithtown. No hay problemas. Considero innecesario volver a daros

instrucciones, pero si alguno no recuerda algo que…

Alzó vivamente la mirada hacia la puerta, en la cual acababa de oírse una llamada, a todas luces convenida, dada la peculiaridad de sus golpes.

—Ése es Fenwick —dijo Burns—. Abre, Kauffman. Tranquilo.

Kauffman abrió la puerta. En efecto, era Fenwick quien había llamado, uno de los vigilantes del *dancing* y algo muy parecido a un guardaespaldas de Roscoe Burns.

No entró, se quedó en la puerta, señalando hacia su espalda por encima del hombro derecho.

—Señor Burns, un tipo quiere verle. Dice nada menos que viene de parte de su hermano, de Douglas.

Burns entornó astutamente los ojos.

—Hazlo pasar, desde luego, Fenwick.

Éste se apartó, haciendo señas a la persona que esperaba tras él. Un tipo alto, algo encorvado, de hombros anchos, manos grandes y tórax poderoso quedó en el umbral. Llevaba lentes y bigote. Sus cabellos eran muy rubios, desgreñados. Su rostro, lleno, casi redondo. Desde luego, no inspiraba la menor confianza. Su traje era barato, basto, en un estado francamente lamentable. No llevaba camisa ni corbata; sólo un jersey negro, muy rozado, de hilo. Era, en conjunto, una visión poco tranquilizadora, ciertamente.

—¿Qué desea? —preguntó Burns.

—Usted es Roscoe —dijo el hombre con voz áspera.

—Sí… Soy el señor Roscoe Burns. ¿Qué dice usted sobre mi hermano, señor…?

El hombre entró en el despacho; miró con desconfianza a los cuatro hombres que acompañaban a Burnsy luego se quedó mirando a éste, sombrío, hermético.

—¿Y bien? —Se impacientó Burns.

—Salí ayer de la cárcel. He estado con su hermano.

—¿De veras? Y… ¿qué se cuenta el buen Douglas?

—Está bien. Todo lo bien que se puede estar allá. Recibe su dinero, su tabaco, sus paquetes… Todo. Me encargó que le diese un abrazo de su parte.

—Recibido… —sonrió secamente Burns—. ¿Qué más?

El recién llegado volvió a mirar a Bud Dower y compañía con clara desconfianza.

—Pues…

—Hable sin miedo. Ellos son de confianza.

—Si usted lo dice… Bueno. Douglas me aseguró que usted podría ayudarme.

—Es posible… —admitió Roscoe—. ¿Cuánto necesita?

—No pido limosna… —refunfuñó el tipo desgreñado—. Sólo un empleo, un trabajo… Cualquier cosa que me permita vivir sin tener que volver «allá». Douglas dijo que usted me daría trabajo.

—Entiendo. ¿Usted es Mike Fallón quizá?

El recién llegado parpadeó, confuso.

—¿Mike Fallón? ¿Quién es ése?

—¿No lo sabe? Es uno de los compañeros de prisión de Douglas, según entiendo.

—Vaya… Por lo visto había allá alguien a quien yo no conocía. Mike Fallón. Francamente, no lo recuerdo… Mmmm… No. No lo recuerdo.

—Quizá sea porque ese hombre no existe —sonrió astutamente Burns—. ¿Quién es usted?

—Ted Kronis.

—Oh… Oh, sí, sí… Douglas me ha hablado de usted en alguna ocasión. Me alegra que haya salido libre por fin, Kronis.

—Psé… Me pregunto dónde se está mejor, dentro o fuera… Le aseguro que tengo mis dudas.

—Una de las veces que estuve a ver a Douglas me dijo que usted era un tipo… difícil…

—Tengo mal carácter, es cierto. Pero Doug y yo nos hicimos buenos amigos allá dentro. Por eso, supongo, él me dijo que viniese a verlo, y me dio una carta para usted. Pero si la presencia de un ex presidiario puede perjudicarle, yo me…

—Calma, Ted, calma… Veamos esa carta de Douglas. Yo no recibo a los amigos de mi hermano como si fuesen pordioseros.

—Eso está bien… Sí, está bien…

Ted Kronis estaba mirando fijamente la caja de cigarros habanos que se veía abierta sobre la mesa. Roscoe Burns siguió aquella mirada mientras tendía la mano hacia Kronis en espera de la carta. El ex presidiario la sacó de un doblez de la chaqueta, arrugada y sucia, y se la tendió, pasándose la lengua por los labios. Burns se quedó mirándole casi amablemente.

—¿Un trago, Ted?

Los negros ojos de Kronis se fijaron en él como si lo considerase completamente loco. Burns rió quedamente y le hizo una seña a Hill, que colocó delante de Kronis la botella de *whisky* y un vaso. Kronis casi se llenó el vaso, temblando visiblemente su mano. Bebió la mitad de un trago, ansioso, y luego fijó sus negros ojos en Burns.

—Vaya… Vaya, demonios… Se está muy bien aquí fuera…

—¿Un cigarro? —señaló Roscoe la caja de habanos.

La manaza de Kronis tomó uno, le mordió la punta, la masticó y luego la escupió. Casi sonreía. Se palpó el cuerpo; pero, a una seña de Burns, Dower le ofreció la llama de su encendedor. Kronis chupó del cigarro como si allá estuviese el secreto de la juventud eterna. Luego, conteniendo a duras penas un suspiro, se recostó en el sillón, con el puro en la boca y el vaso de *whisky* en una mano.

Roscoe le dirigió una sonriente mirada, y por fin desplegó el sucio papel. Atenas ver la letra la identificó como la de su hermano Douglas sin lugar a dudas. Un papel basto, áspero, conseguido cualquiera sabía cómo. Pero su contenido, escrito a bolígrafo, no podía ser más explícito:

> «Roscoe: éste es Ted Kronis, compañero de celda. Un tipo de mal talante, pero de confianza. Quiero que le ayudes en todo cuanto puedas.
>
> »Douglas».

Burns se quedó durante casi medio minuto mirando el papel. Por fin, parsimoniosamente, le prendió fuego con la llama de su encendedor. Esperó a que se consumiera en el cenicero. Sólo entonces volvió a mirar al llamado Kronis.

—Okay, Ted. ¿Qué sabes hacer?

—¿Yo? Nada… Bueno… Nada y todo, según se mire. La verdad es que no sabría decirle, señor Burns.

—Entiendo. ¿Por qué estabas allá dentro?

Ted Kronis se quedó mirando a Burns. Luego, tras mirar brevemente el cigarro, lo dejó en el cenicero y se puso en pie.

—Creo que buscaré otro empleo —masculló.

—Siéntate.

—Mis cosas son mis cosas, señor Burns.

—Te digo que te sientes. Y coge el cigarro… Y fuma lo que quieras. Además, métete en un bolsillo unos cuantos cigarros más… Un amigo de Douglas es algo serio para mí. Si no me quieres contar tus cosas, está bien. Nada de preguntas. Siéntate.

—Eso está bien —dijo Kronis.

Se sentó, recuperó el cigarro, se lo encajó entre los dientes y se metió media docena más en un bolsillo. Luego acabó el *whisky* de un trago y se quedó mirando a Hill, que lo volvió a llenar. Kronis miró de pronto a Burns.

—Nunca me emborracho. Pero no es *whisky* lo que sobra allá dentro.

—Bebe sin cuidado. Pero con vista. ¿Te gustaría un empleo de cien a la semana?

—¿Cien? Bueno… Supongo que ése será el principio, señor Burns.

—Siempre se empieza por el principio… —sonrió Roscoe sacando un fajo de billetes—. ¿Tienes alojamiento?

—No. Anoche dormí en una barcaza en el río.

—Hay que arreglar eso. Aquí tienes tus primeros cien dólares. Y cuatrocientos más. Te compras un traje, un par de camisas y unas cuantas corbatas —lo miró irónicamente—. Espero que tengas buen gusto, Ted. No me gustan los tipos estrafalarios.

—Con dinero, señor Burns, yo visto mejor que Rockefeller. No le defraudaré. ¿Acaso esperaba que me comprase una camisa negra y una corbata amarilla?

La pregunta arrancó una sonrisa en todos. Burns movió negativamente la cabeza.

—Aquéllos eran los tiempos de nuestros abuelos, Ted, de modo que me alegra tu actitud. Cómprate un bonito traje discreto, corbatas de cinco o diez dólares y camisas adecuadas… Ni demasiado caro, ni demasiado barato. Tú me entiendes.

—Sí, señor. Usted quiere que yo sea un tipo que no llame la atención de nadie. Ni por andrajoso ni por elegante.

—Eso es. Dentro de tres o cuatro días arreglaremos mejor las cosas. Ahora puedes irte.

—Sí, señor. Mmmm… Bueno…

—¿Sí?

—¿Qué empleo se supone que tengo?

—Digamos que… vigilante del orden en la sala de baile.

—Oh, Es formidable. Me gusta la música. ¿Puedo quedarme por aquí, señor Burns? Ya no es hora de ir de compras. Además, podría empezar a charlar con Fenwick sobre cuáles van a ser concretamente mis obligaciones.

—¿Te gustan mucho las chicas, Ted? —Frunció el ceño Burns.

—Lo corriente. La mayoría son tontas, pero a veces distraen. Sólo eso.

—En tal caso, puedes quedarte hasta que cerremos —sonrió Roscoe Burns, complacido—. Tómatelo con calma. Y piensa que éste es «mi» negocio, no un lugar para que se diviertan mis hombres.

—Lo tendré en cuenta. Hasta luego, señor Burns. Y gracias.

Salió del despacho acompañado de Fenwick. Durante unos segundos los hombres que quedaron allí permanecieron silenciosos.

Por fin Carter comentó:

—Parece un tipo difícil.

—Pero de agallas —aseguró Kauffman—. Da la impresión de que no es de los que se ríen con las bromas.

—Ted Kronis… —musitó Roscoe Burns—. Sí… Douglas me ha hablado de él alguna vez cuando he ido a visitarle. Es un tipo raro, pero silencioso como una tumba. Seguramente sacaremos buen partido de él.

—¿Piensa hacerlo intervenir en lo de mañana?

—Ni hablar de eso —se sobresaltó Burns—. Pero siempre es bueno tener a un tipo de malas pulgas en el grupo. Bien… ¿Hay algo más que definitivamente tenga que ser comentado o aclarado?

—No, señor.

—Pues entonces, largo de aquí, muchachos. Y por si se os ocurre beber o hacer alguna otra tontería, os recordaré que eso podría costaros doscientos cincuenta mil dólares a cada uno.

—¡Fiuiiuuu…! —Silbó Hill—. Por ese dinero, hasta el más tonto se vuelve listo. Y como yo soy un tío listo, mañana tendré tan hermosa cantidad aquí…

Señaló su bolsillo, y todos rieron. Luego, los cuatro salieron del despacho, todavía riendo.

En el pasillo se encontraron a Fenwick y Kronis, que charlaban

animadamente.

—Ciao, Fenwick. Adiós, Kronis.

—Adiós…

Se alejaron pasillo adelante. Kronis los estuvo mirando con el ceño fruncido.

—¿Y ellos? —los señaló.

—Olvídalos —dijo Fenwick—; son otra cosa. Si quieres un buen consejo, no te metas en lo que no te importa.

—Hace tiempo que aprendí eso. Bien… Afuera está Gordon, ¿no es así?

—Sí… Se ocupa de toda la sala. Supongo que el patrón te enviará allá, pues no es conveniente que haya un solo vigilante fuera. Todo lo que tienes que hacer es pasearte discretamente, sin que, a ser posible, noten tu presencia. Si pasa algo, alguna de esas pequeñas cosas entre muchachos, coges por el pescuezo a los que hayan organizado el jaleo y los sacas a la calle. Tienes que ser tan rápido que nadie tenga tiempo de avisar a la policía, y cosas así.

—Parece un trabajo fácil. ¿Qué haces tú?

—¿Yo? Todavía menos. Me paso el rato paseando por este corredor, fumando, aburriéndome… Todo lo que tengo que hacer es impedir que alguien pueda molestar al patrón. Igual que ocurrió contigo… No basta que alguien quiera verle: él tiene que querer recibirle.

—Entiendo. Bueno, saldré ahora a ver a Gordon y…

—Espera unos minutos. Aprovechando que estás aquí, iré a… Bueno, vuelvo en seguida.

—Que te vaya bien —sonrió Kronis.

—No dejes pasar a nadie.

—Descuida, hombre. Ya he comprendido el asunto.

Fenwick se fue hacia el fondo, donde estaban los servicios privados del personal del Good Star Dancing. Ted Kronis se quedó en el centro del pasillo, chupando pensativamente del puro, mientras miraba de una a otra de las diversas puertas que se veían allí en el pasillo. Pero antes de que se decidiera a entrar en acción, Fenwick apareció por el fondo del pasillo.

—¡Hey! —llamó—. Ya estoy listo. Puedes marcharte.

Ted Kronis se tocó la frente con un dedo.

—Hasta mañana —se despidió.

Salió al cuarto de las cubiertas de discos, y luego a la sala de baile, donde el asunto estaba en pleno auge.

Con buena vista, no le costó lo más mínimo identificar a Gordon, un tipo alto, grueso, de rostro sonriente, mofletudo… Fuerte como un elefante. Se paseaba pacíficamente por la sala, satisfecho de que todo fuese normal. Es decir, gritos, saltos, chillidos, bailoteos frenéticos…

—Hola… Yo soy Ted Kronis, el nuevo. ¿Tú eres Gordon?

—Sí… ¿Eres el nuevo, dices?

—El señor Burns me ha contratado. Estaba echando un vistazo por aquí. Fenwick dice que seguramente me pondrán contigo en la sala, a vigilar a los cachorros.

—Vaya, esto es formidable. Oh, son buenos muchachos. Eso que llaman la loca juventud, pero cada uno se divierte a su manera, digo yo. Alguna vez sale alguno que quiere triunfar, y se pone a tocar la guitarra o algo así en el centro de la pista, y a lanzar gritos… Pero eso no trae complicaciones. Emmm… Veo que estás fumando uno de los cigarros habanos del patrón.

—Tengo más. ¿Quieres uno?

—Vaya…

Gordon se puso a fumar el habano, mirando con simpatía al desgreñado Ted Kronis, que sonreía mirando a todos lados. The Octopus había arremetido contra un «jerk», con un entusiasmo admirable, y casi doscientos muchachos saltaban en la gran pista central. The Octopus gritaban aquello de «¡Wuauuuhhhggg!», y todos brincaban ágilmente.

—Es divertido… —dijo Kronis—. Pero me parece que esta noche voy a tomarme fiesta. Tengo que comprar algunas cosas, buscar alojamiento… Mañana nos vemos, Gordon. ¿Okay?

—Sí, hombre.

CAPÍTULO XII

—¿Señor?

—Adelante, te escucho.

La voz del inspector Meeker llegó claramente hasta Ted Kronis, que miraba atentamente hacia el Good Star Dancing, cobijado en un portal cercano, entre las sombras.

—Han salido todos, menos Fenwick. Incluso los empleados del bar. Roscoe Burns acaba de salir, y se ha metido en su auto. Supongo que lo verán pasar y que lo seguirán, aunque no creo que sirva de nada. ¿Han encontrado la pista de los otros?

—No. Debiste avisarnos de que salían entonces y de que eran los mismos que viste en el embarcadero.

—Lo siento, señor; no pude hacerlo.

—Pues se han desvanecido. Los cuatro. Dudo mucho que podamos encontrarlos fácilmente en una ciudad como Nueva York. Cualquiera sabe adónde han ido a parar… Pero si estás seguro de que son los mismos que se quedaron con Maxwell. John y Morgan…

—Le repito que es seguro, señor. Pude verlos un instante, pero fue suficiente. El llamado Bud es el que mandaba el grupo, según me pareció. Cuando entré en el despacho de Burns todos parecían muy contentos. Están preparando algo. Desde luego, estamos en la buena pista… Sólo quisiera saber si ahí dentro están Max John y Morgan. Burns se va ahora… ¿Van a seguirlo?

—Por rutina. ¿Has visto algo más que sea interesante?

—No. Ya le dije antes todo. Simulé marcharme y me quedé escondido aquí. Pero nada interesante ha ocurrido. Gordon se fue detrás de los últimos chicos del Good Star. Ahora se va Burns. Queda solamente Fenwick. Quizá mis compañeros estén ahí dentro y él sea el encargado de vigilarlos.

—Es posible. Pero debes tener paciencia.

—¿Y si resulta que Fenwick se queda por la noche en el *dancing*?

—Bueno… Ciertamente, es una posibilidad. Y no vas a pasarte la noche ahí esperando a ver si ese Fenwick sale o no sale.

—¿Qué sabemos de Olivia Stevenson?

—Se ha gastado una pequeña fortuna en compras. La mayoría de ellas de ambiente… marinero.

—¿De qué?

—Parece que piensa emprender un viaje por mar.

—Por mar… Bueno, no entiendo nada. ¿Están siguiendo a Burns?

—En efecto. Quedamos Nick y yo en esta noche. ¿Se te ocurre algo?

—Pues… no sé. Es posible que Fenwick pase las noches en el *dancing*. En cuyo caso, mi espera es inútil. Creo que voy a entrar ahí, señor. Si ellos están, los sacaré.

—Ten cuidado con ese Fenwick.

—No es más que un bobo con músculos. Descuide, señor, no será él quien me impida actuar. Lo llamaré cuando sepa algo nuevo. Voy al *dancing*.

—Ten cuidado.

Kronis cerró la radio y la guardó en un bolsillo. Estuvo todavía un par de minutos mirando con el ceño fruncido hacia el Good Star Dancing. En ese tiempo se convenció a sí mismo de que si había que hacer algo, cuando antes se hiciera, mejor.

* * *

Le resultó facilísimo escalar una de las pequeñas ventanas de ventilación del *dancing*. Con un agilísimo salto quedó prendido en el marco con una sola mano. Tres segundos después, sin la menor dificultad, se dejaba caer al interior de la sala, ahora oscura, solitaria, silenciosa. Solamente había una pequeña luz roja por detrás del alto tablado. Señalaba la entrada al ancho pasillo donde había varios cuartos y el despacho de Roscoe Burns. Estar en aquel lugar, con semejante silencio era sorprendente, desconcertante. En realidad, la música de batería, de trompeta, y los aullidos de The Octopus parecían flotar todavía en el ambiente. Talmente como si hubiera fantasmas. El lugar parecía diferente… Completamente

distinto. Se veía la silueta del mostrador, con muchas botellas de Coca-Cola
y otras bebidas inofensivas. El trabajo de dejarlo todo en orden parecía haber sido dejado para el día siguiente.

¿Era posible que Fenwick hubiera salido sin que él lo advirtiera?

Posible, pero poco probable. Conocía bien su trabajo. Dio un par de pasos hacia la lucecita roja. Pisó algo y se detuvo… Prendió la llamita del encendedor y vio bajo su pie un montón de colillas, envoltorios de chicle, pajitas, *tickets* de entrada al *dancing*. Todo ello revuelto con serrín, chapas de
Coca-Cola,
restos de bocadillos, papeles de todas clases…

Empezó a oír el silbido, y saltó hacia un lado, pegándose a la pared. En seguida se deslizó pegado a ésta, buscando la sombra. Estaba a un lado del tablado cuando la puerta que había bajo la lucecita roja se abrió, y Fenwick apareció por ella con una escoba y un gran cesto para recoger basuras. Iba silbando una de las melodías que habían lanzado antes The Octopus. Encendió una luz, que resultó la del fondo de la sala, en el lado opuesto al que ocupaba el crispado Ted Kronis.

Fenwick se dedicó a recoger diversos montoncitos de basura por toda la sala, metiéndola a escobazo limpio dentro del cesto. Cuando la hubo recogido toda, volvió hacia la puertecilla bajo la luz roja; pero se detuvo de pronto, volviendo la cabeza hacia el tablado, donde se veían los instrumentos musicales del conjunto The Octopus. Una extraña sonrisa apareció en la bocaza de Fenwick. Dejó la escoba y la cesta de la basura y se dirigió hacia el tablado, al cual se encaramó con un salto torpe. Parecía un oso.

Se colocó en el borde del tablado, mirando hacia la vacía, silenciosa, oscura pista de baile.

—Chicos, el gran Barry os va a tocar ahora un solo de batería trepidante —dijo en voz alta.

Se dio unos cuantos meneos, como si estuviese bailando. Por fin, se sentó en el sitio del batería del conjunto y tomó los palillos. Los alzó pomposamente.

—Muchachos… —avisó de nuevo en voz alta—, ¡ahí va ritmo!

Se lió a darle zapatazos al bombo y golpes a los platillos, armando un estrépito espantoso, agitándose, estremeciéndose,

jaleándose él solo… Se ponía en pie, daba unos pasos de baile, volvía a sentarse, lanzaba chillidos… Parecía un montón de latas recibiendo una lluvia de piedras.

Finalmente, uno de los palillos escapó de su mano, saltando hacia un lado del tablado. Inmediatamente, la «música» cesó. Fenwick se puso en pie, refunfuñando palabras feas. Fue a buscar el palillo, se inclinó para recogerlo… y quedó petrificado, congelado.

—¿Eh…? ¡Kronis! ¿Qué haces ahí?

Ted Kronis se separó tranquilamente de la pared.

—Admiraba a un gran artista —rió.

—¿Qué estás haciendo aquí dentro?

—Nada.

—¿Nada? —Fenwick dejó los palillos y saltó a la pista, igual que un hipopótamo—. ¿Acaso el señor Burns te dio permiso para dormir en el *dancing*?

—Sí… Sí, eso fue.

—¿Sí? ¿Y cómo has entrado?

Se veían ya frente a frente, a menos de dos yardas. Ted Kronis movió displicentemente una mano.

—Es una de mis habilidades —explicó.

—¿De veras? Bueno, te diré algo. El señor Burns no quiere que nadie se quede aquí dentro, menos yo. A cambio del alojamiento gratis, tengo que limpiar cada noche la pista… Y no me advirtió que tendría ninguna ayuda.

—Debió olvidarlo. Mira, Fenwick…

—¡No te acerques! —Fenwick sacó la mano derecha del bolsillo, se oyó un chasquido, y la hoja de una navaja brotó del mango, al ser accionado el resorte—. No me gusta esto, Kronis. No me gusta nada.

—Muy bien. ¿Qué piensas hacer?

—Vamos a ir tú y yo hacia el bar… Hay un teléfono allí… Le preguntaré al patrón si es cierto que te autorizó a pasar la noche aquí.

—De acuerdo. Vamos allá.

—Tú delante… —masculló Fenwick—. Y ten cuidado, Kronis.

—Sí, está bien.

Kronis comenzó a caminar hacia el bar. Cuando llegó vio el teléfono detrás del mostrador, en un extremo. Fenwick lo hizo

caminar por detrás del mostrador. Luego le hizo detenerse en un rincón, con la navaja a menos de cinco pulgadas de su vientre.

Descolgó el teléfono, siempre mirando a Kronis.

—El patrón nunca se olvida de nada. Si hubiera querido que pasaras la noche aquí, me lo habría dicho. Veamos su respuesta.

Tanteó el disco y marcó una letra, luego otra, finalmente la tercera. No perdía de vista a Ted Kronis ni un instante, y éste comprendió que iba a conseguir hacer la llamada sin desviar la mirada ni una sola vez.

—Fenwick, te estás molestando sin necesidad. El patrón…

Fenwick adelantó la navaja amenazadoramente al moverse Ted Kronis. Lo cual era justamente lo que éste esperaba. Aferró de pronto la muñeca de Fenwick y la apartó. A cambio recibió un tremendo puñetazo en pleno estómago que casi lo dejó sin aliento. Pero el instinto de conservación pudo más que el dolor. Lanzó un golpe al cuello de Fenwick, con la mano de canto. Un golpe terrorífico, que dejó a Fenwick lívido como un muerto, desorbitados los ojos, abierta la boca. Pareció que fuese a soltar la navaja, ya vencido; más cuando Kronis quiso acabar de arrancarla de su mano, recibió un golpe en el cuello que lo habría derribado de rodillas de no haber sido por el mostrador, que lo mantuvo erguido, vuelto de espaldas a Fenwick. Kronis lanzó su codo derecho hacia atrás, oyó el respingo de dolor de su enemigo y se volvió…, justo a tiempo para detener el feroz navajazo con un brazo, en el cual chocó el antebrazo de Fenwick.

Inmediatamente, Kronis se lanzó a cuerpo limpio contra Fenwick, aplastándolo contra las estanterías, de tal modo que el cuchillo quedó entre ambos. Las manos del falso ex presidiario subieron hasta el cuello de Fenwick, crispándose allí como una argolla de acero.

—Suéltala… —jadeó—. ¡Suelta la navaja!

Fenwick quiso empujarle hacia adelante, contra el mostrador; pero todo lo que consiguió fue que aquellas grandes manos apretaran con más fuerza su garganta.

—¡Suéltala! —exigió Kronis—. ¡Suéltala… o te… estrangulo!

Fenwick volvió a empujarlo, consiguió separarlo esta vez, y a pesar de que su rostro estaba ya rojo, congestionado por la falta de respiración, lanzó un navajazo, que Kronis detuvo alzando un codo,

sin dejar de apretar furiosamente.

La mano de Fenwick quedó colgando un instante, pero se movió en el acto, todavía con la navaja en ella. Kronis estaba tan ocupado apretando su garganta, que esta vez el navajazo llegó a su costado sin obstáculo alguno… Pero fue un navajazo débil, que apenas hundió media pulgada el acero entre dos costillas.

Las frentes de ambos hombres estaban cubiertas de sudor.

—Fenwick, quiero… que sueltes la…

Fenwick era un cabezota. Volvió a clavar la navaja, aún más débilmente que antes. Por el contrario, las manos de Kronis parecían ir adquiriendo más y más fuerza. Los dedos parecían alambres retorcidos, a punto de saltar por el exceso de tensión. El siguiente navajazo de Fenwick fue tan débil que apenas produjo un arañazo en la carne de Ted Kronis, bajo la vieja chaqueta. La navaja cayó al suelo, por fin.

Kronis soltó a Fenwick entonces. El rostro de Kronis estaba crispado por el dolor y el esfuerzo. El de Fenwick, por la agonía… Sus ojos estaban desorbitados.

Se derrumbó como un saco a los pies de Ted Kronis, lentamente, como si estuviese mirando al techo. O quizá al cielo. Posiblemente, tenía alguna esperanza de ir allá. Allá, o al infierno, porque Barry Fenwick ya no podría ir jamás a ningún otro sitio.

Ted Kronis le tomó el pulso y pareció disgustado consigo mismo al no encontrarlo. Era inútil; a los muertos no les late el corazón, no les circula la sangre. Nada. Los muertos son como… rocas, o árboles. Nada late en ellos.

Kronis se golpeó un muslo, en verdad disgustado.

Se incorporó segundos después y se dijo que, puesto que había ido allí para ver si Maxwell Bolders, John Mac Travis y Morgan Ball estaban en alguna parte del *dancing*, debía acabar aquel trabajo…

* * *

—¿Señor?

—Sí, dime.

—He matado a un hombre… A Fenwick. Me sorprendió poco después de entrar en el *dancing*, quiso avisar a Roscoe Burns, amenazándome con una navaja. Si Burns llega tan sólo a oírlo…

—Entiendo… Es lamentable. ¿Estás bien?

—Sí… Bueno, tengo un par de pinchazos sin importancia, que se arreglarán con un trozo de esparadrapo, supongo. He revisado todo el *dancing*, señor. De arriba abajo. No he dejado un solo rincón.

—¿No están ahí?

—No, señor. Ni rastro de ellos.

—Mala suerte. Esto se está complicando… Roscoe Burns se ha ido a su apartamento, eso es todo. Olivia «Goldie» Stevenson está en el suyo, los dos tan tranquilos. Están vigilados, pero no parece que esta noche piensen salir. Son… muy discretos. A este paso, la situación de Max, Morgan y John va a empeorar, irremediablemente. Hay que encontrarlos pronto.

—Yo no puedo hacer más de lo que…

—No te censuro nada. Respecto a ese tipo, Fenwick…, ¿qué te parece que conviene hacer con él?

—Sacarlo de aquí, desde luego. Hasta mañana a las cinco y media no tiene que entrar de nuevo de servicio en el *dancing*. Duerme aquí, pero se supone que durante el día puede ir a donde quiera, de modo que aunque alguien lo llame y no conteste, no se extrañarán. Empezarán a preocuparse por su ausencia mañana, después de las cinco y media de la tarde. Eso nos da un margen de tiempo, señor.

—Entiendo. ¿Puedes sacarlo discretamente del *dancing*?

—Hay una puerta que da a una calle lateral. Está bastante iluminada, pero menos que la Cuarenta y Dos. A la izquierda, señor.

—Vamos ahí con el coche. Nos llevaremos a Fenwick.

* * *

El cadáver quedó en el piso del coche, entre los pies de los dos hombres. Nick Corning se quedó mirando fijamente a su jefe, tras desviar la mirada de Fenwick.

—¿Y ahora, señor? —musitó.

—Vámonos de aquí. Para Ted Kronis, por el momento, nada ha ocurrido… Se presentará mañana en el *dancing*, tranquilamente. Mientras tanto, toda nuestra esperanza consiste en continuar vigilando a Roscoe Burns y Olivia Stevenson. Sólo que… ya me está cansando tanto tacto, tanto llevar el asunto con rodeos. Si mañana por la tarde, no sabemos nada de nuestros compañeros, Roscoe Burns se va a encontrar en un grave apuro. Mientras tanto, y a fin

de evitar desenlaces precipitados, continuaremos con nuestra táctica prudente. Pero sólo por veinte horas más, como máximo… A la Morgue, Nick.

CAPÍTULO XIII

Hacia las cuatro de la tarde del día siguiente, nada había cambiado. Roscoe Burns había salido de su apartamento al mediodía, había almorzado en un restaurante y había regresado a su apartamento en Manhattan. Olivia «Goldie» Stevenson había salido de compras por la mañana; más cosas que parecían indicar un viaje por mar. Luego, había vuelto a su apartamento. Eso era todo. Ni siquiera nadie había aparecido por el apartamento de Leticia Hastings, que también estaba vigilado. La situación de espera se hacía insostenible.

—Estamos perdiendo el tiempo… —masculló Kronis—. Creo que tendríamos que hacer algo, señor.

Phil Winon y Nick Croning miraban expectantes al inspector Meeker, que parecía muy pensativo. Estaba desplegando demasiadas fuerzas para no hacer nada, en definitiva: vigilar a Burns, a Goldie, el apartamento de Leticia Hastings.

—Nos concederemos otras dos horas —musitó al fin Meeker—. Sólo hasta que se abra el *dancing* y Roscoe Burns vaya allá. Es posible que los cuatro hombres que anoche no pudimos seguir, vuelvan a verlos. Ésos sí deben saber dónde están Max, Morgan y John. Los seguiremos a ellos. Si a las seis no han llegado al *dancing*… Bien… Si a las seis no han ido por allá, será cuestión de abordar el asunto en primer lugar, por el punto más débil: Olivia «Goldie» Stevenson. Pero esperemos hasta las seis, por si esos cuatro hombres se dejan ver de nuevo.

CAPÍTULO XIV

Los cuatro hombres iban en el gran automóvil negro, por la carretera estatal Veinticinco, detrás del coche blindado que acababa de pasar a buena velocidad.

—Ahí lo tenemos… —había musitado Bud Dower—. Vamos, Kauffman.

El coche negro había salido detrás del blindado, en cuyos lados se veían las palabras «First National Bank, New York, N. Y.». Kauffman, como siempre, iba al volante… Sólo que no parecía Kauffman. Su rostro había sido alterado, igual que los de Bud Dower, Carson Hill e Ira Carter.

Habían recurrido a lentes de contacto, maquillaje, bigotes, pelucas… Durante más de un mes, Roscoe Burns les había obligado a aprender a cambiar su rostro, a maquillarse, a colocarse las pelucas y los lentes de contacto. El resultado había sido excelente: aquellos hombres, una vez fuesen descritos por alguien, jamás podrían recordar a Bud Dower, Carson Hill, Don Kauffman e Ira Carter. Durante más de un mes, se había estado estudiando la ruta, el horario, el personal que iba en el camión blindado. Todo. Ahora, el golpe mal sería dado con toda facilidad… si los cálculos y el astuto plan de Roscoe Burns no fallaban, cosa que parecía poco probable.

El blindado se dirigía, con unos tres millones de dólares, a Smithtown, en Long Island. Y acababa de dejar atrás Jericho, camino de Commack, penúltima población del trayecto.

—Vamos, vamos, alcánzalos ya, Kauffman —refunfuñó Dower.

—No te pongas nervioso. Todo saldrá bien. Sabemos que van dos hombres en la cabina, y dos dentro del camión, con metralletas. Pero no van a tener tiempo de usarlas… Esta parte, precisamente, es

la más fácil.

—Estás loco… —mascullό Hill—. ¡La más fácil!

—Bueno —sonrió Kauffman—; pronto lo sabremos. ¡Allá voy!

El coche negro pareció saltar hacia adelante, pasando limpiamente al blindado, por la izquierda. Inmediatamente se cerró hacia la derecha, cortando el paso al blindado de un modo escalofriante. Se oyó el seco frenazo de este vehículo, el rechinar de los neumáticos en la carretera… El «Dodge» también se detuvo, a unas quince yardas por delante del blindado.

Inmediatamente, los cuatro hombres se apearon, cada uno por una portezuela, y se volvieron hacia el blindado, apresuradamente. En la cabina se veían perfectamente los dos uniformados policías. El del volante había sacado una pistola, y parecía agazaparse. El que iba a su lado, con los galones de sargento, saltó velozmente, con una metralleta en las manos, y, parapetándose a un lado del coche, gritó:

—¡Quietos! ¡No se acerquen un paso más!

Se detuvieron los cuatro. Pero en seguida Bud Dower, con las manos era alto, adelantó unos pasos, frunciendo el ceño.

—Déjeme acercarme, sargento.

—¡No se mueva de ahí! Den todos la vuelta y…

—Voy armado —interrumpió Dower—, pero caminaré hasta usted con las manos en alto. Soy del FBI. El sargento policial ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—¿Del FBI? —musitó.

—Me acercaré a usted de espaldas y con las manos en alto. Puede quitarme la pistola y registrarme. Encontrará mis credenciales en el bolsillo interior derecho. ¿Está bien así?

El policía vaciló todavía unos segundos. Miró brevemente a la cabina. El chófer se había desplazado, de modo que cuando el supuesto agente del FBI llegase allí, estaría cubierto por su pistola.

—Acérquese tal como ha dicho.

Dower caminó de espaldas, con las manos en alto, hasta que le detuvo la punta de la metralleta en su espalda. Miró de lado al policía-chófer, que le apuntaba directamente a la cabeza, desde menos de una yarda. El hombre ni siquiera parpadeaba.

El sargento le quitó la pistola y luego la billetera. Dentro de ésta, en su estuche de piel, estaba la credencial y la placa del FBI.

—Vuélvase.

Dower se volvió, lentamente, sin bajar las manos.

—¿Convencido? —Gruñó.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué esto?

—Hemos tenido un «soplo», sargento, van a asaltarlos entre Commack y Smithtown.

—¿Está bromeando? —exclamó el policía.

—¿Usted qué cree?

Se quedaron mirándose los dos. Por fin, el sargento señaló con su metralleta a los tres hombres que esperaban más allá, con las manos en alto.

—Quiero ver las credenciales de todos. De todos.

—Estamos perdiendo el tiempo, y quizá…

—No perdemos nada. Quiero ver esas credenciales. Dígales que las tiren al suelo, con sus pistolas. Y no olvide que usted va a estar entre ellos y yo.

—Supongo que lo mejor es convencerlo de una vez.

Bud Dower se volvió hacia sus compañeros y les dijo lo que tenían que hacer. En pocos segundos, las billeteras y las pistolas estaban en el suelo. El sargento ordenó a Dower que fuese a recogerlo todo y se lo llevase. Dower obedeció dócilmente, en silencio El policía examinó las otras tres credenciales… Por fin su desconfianza desapareció, para dejar paso a una clara expresión preocupada.

—Está bien… —musitó—. ¿Cómo se han enterado?

Dower lo miró irónicamente, y el sargento comprendió: no se lo iban a decir, naturalmente.

—¿Pasaremos la noche aquí, sargento? —sonrió burlonamente Bud.

—¿Qué creen que conviene hacer?

—Nuestras instrucciones son acompañarlos a ustedes hasta su destino. Pero, personalmente, no tenemos ganas de pelea. De modo que si usted prefiere asumir toda la responsabilidad…

—Déjese de tonterías… —farfulló el sargento—. ¿Van a venir detrás de nosotros?

—Las cosas pueden hacerse mejor, según el inspector Travers. Tenemos a una milla detrás otro coche con él y tres agentes más. Nos comunicamos por radio. Ellos nos seguirán a esa distancia. Uno

de mis compañeros se quedará en nuestro coche y nos seguirá discretamente. Yo iré con usted en la cabina. Los otros dos irán dentro del camión. Claro que si usted tiene una idea mejor…

El policía volvió a vacilar. Por fin, se dirigió a la parte de atrás del blindado, tras devolver la pistola a Dower, y dejar las otras en el capó, para que las recogiesen sus propietarios.

Llamó al blindaje con la mano, en una señal convenida. Las puertas se abrieron y quedaron visibles dos policías, metralleta en mano, expectantes.

—¿Qué ocurre, sargento?

—El FBI… —señaló a Dower—. Parece que hay un plan para asaltarnos entre Commack y Smithtown.

—Podemos tomar otra ruta…

—No —dijo secamente Dower—. Si hay alguien que sea capaz de atreverse a esto, el FBI quiere conocerlos. Espero que lo entiendan. ¡Venid!

Carson Hill e Ira Carter se acercaron, ya con sus pistolas, y se quedaron mirando al sargento, que encogió los hombros, nervioso.

—De acuerdo: suban.

Carter y Carson subieron al camión, todavía con la billetera y la pistola en una mano. Se guardaron la billetera, miraron a Dower, y éste asintió con la cabeza. Inmediatamente, los dos falsos
G-men
se volvieron hacia los policías, alzando la pistola…

—¡Eh! —gritó el sargento—. ¡Van…!

¡Clock! El golpe resonó en su cabeza como el estallido de una bomba, y pareció fulminado, aplastado contra el suelo. Dentro del camión, ocurrió exactamente: Carson y Carter abatieron a los sorprendidos policías de dos certeros golpes, que zanjó la cuestión en el acto.

—¿Qué ocurre? —gritó el policía de la cabina—. ¡Sargento!

Una pequeña cápsula de cristal entró por la ventanilla y se rompió en el piso del camión, entre los pies del alarmado agente. En el acto, un leve humo quedó liberado, y el hombre comenzó a toser fuertemente, llenos de lágrimas sus ojos. Para huir de los gases lacrimógenos, saltó a toda prisa del camión, empuñando fuertemente la pistola…, pero sin ver nada, cegado por las lágrimas.

Don Kauffman lo estaba esperando, tranquilamente. Le golpeó

en la cabeza y luego lo arrastró a la parte de atrás. Lo metieron dentro, con los demás policías. Carson y Carter también subieron y cerraron las puertas, mientras Dower se ponía la chaqueta del policía más corpulento, a toda prisa. Se puso la gorra y corrió hacia la cabina. Kauffman corría ya hacia el «Dodge», que partió como una bala carretera adelante, seguido muy de cerca por el camión blindado.

Cinco minutos más tarde, éste se desviaba, por un camino de tierra. Se detuvo finalmente entre unos árboles rodeados de espesos matorrales. Bud Dower se apeó y llamó a las puertas, que se abrieron inmediatamente. Los cuatro policías estaban atados con finos alambres y amordazados. El dinero había sido reunido en tan sólo dos grandes bolsas de lona… Carson y Carter saltaren, riendo. Dower tiró dentro del camión la chaqueta y la gorra policial, y cerró las puertas.

—Vámonos… ¿Lo habéis cogido todo?

—No somos ambiciosos… Hemos dejado la calderilla.

Echaron a correr hacia la carretera. El «Dodge» apareció, en sentido inverso, es decir, hacia Nueva York, y subieron los tres, jadeando.

—¿Todo listo? —preguntó Kauffman, acelerando.

—Todo… Para que luego digan que a un agente del FBI no se le abren todas las puertas.

Se echaron a reír todos. Ocho o diez millas más cerca de Nueva York, el «Dodge» se detuvo. Kauffman abrió el portaequipajes y sacó una maleta, en la cual metieron las bolsas de lona con tres millones de dólares. La maleta fue cerrada, devuelta a su sitio, y Kauffman tomó de nuevo el volante. Fácil y sencillo…, gracias a cuatro placas de agente del FBI.

CAPÍTULO XV

—Son casi las cinco… —dijo Meeker—. ¿No convendría que te fueses ya hacia el *dancing*?

—Por el contrario, señor, creo que…

Sonó el teléfono. El inspector Meeker lo descolgó inmediatamente.

—Meeker —dijo.

Estuvo escuchando durante un par de minutos. Colgó, y se quedó mirando con expresión preocupada a Ted Kronis.

—Olivia Stevenson ha pedido un taxi por teléfono. Newman lo ha oído por el micrófono que colocó en su puerta.

—Quizá se vaya de viaje —opinó Nick Croning.

—Lo han hecho… —musitó Kronis—. Lo que sea que estuviesen tramando, ya lo han hecho. Y ahora, ella está preparando su marcha de Nueva York. Déjeme ir allá, señor. Esa chica me lo dirá todo a mí. Ya no podemos entretenernos más.

—De acuerdo, ve a verla. Ya nos toca atacar a nosotros, supongo.

* * *

Olivia Stevenson abrió la puerta, sonriendo levemente.

—Pase. Las maletas… —Se quedó mirando al hombre, confusa —. Usted no es el chófer del taxi…

—No.

—¿Qué desea?

—Charlar con usted. —Kronis entró, cerrando la puerta tras él —. Sólo unos minutos de amable charla, Goldie. Y no tema, nadie nos interrumpirá. Mis amigos convencerán al taxista de que sus

servicios ya no son necesarios. Usted no va a ir de viaje.

—¿Quién es usted? ¿De qué me conoce?

—Bueno… —sonrió fríamente Kronis—. Digamos que soy un lector de *Playboy*.

—Oh… Eso fue hace tiempo. Ahora ya no…

—Ya sé… Ahora se dedica a vivir sin necesidad de exhibiciones corporales. Se ha… regenerado un poco, Goldie. Y eso es bueno. Claro que a veces se salta de la sartén para caer al fuego, usted ya me entiende.

—No… No le entiendo… Haga el favor de salir o…

—Me estoy refiriendo a Roscoe Burns. Oh… Veo que palidece un poco, Goldie. ¿Por qué? ¿No le es grato el nombre de Roscoe Burns? ¿O le es demasiado grato, quizá? ¿Cómo fue ayer el aperitivo en el elegante
Mackey's?
Es una lástima que hoy no haya podido tomarlo en tan atractiva compañía, ¿verdad?

—¿Quién es usted? —jadeó Olivia.

—Puede llamarme Ted Kronis. ¿Le dice eso algo?

—No…

—Soy un ex presidiario.

—¡Oh!

—Bueno, eso es falso. La verdad es que soy un agente del FBI. ¿Qué le ocurre? ¡Aún se ha puesto más pálida Goldie!

—Yo… yo no me… encuentro bien…

Olivia Stevenson parecía a punto de desmayarse. Kronis la sujetó por la cintura, y ella le echó los brazos al cuello, suspirando.

Apretó más sus brazos, alzándose hacia Kronis, ya que éste no cedió. Los bonitos labios de Olivia Goldie Stevenson apresaron los de Ted Kronis, que permaneció impávido, sin colaborar ni rechazar. Ella se apartó lo bastante para mirar aquellos negros ojos, brillantes tras los lentes. Luego, cuando la soltó, ella se acercó al armario.

Abrió uno de los cajones, apartó algunas prendas íntimas, y su mano se crispó sobre la pequeña pistola de cachas de nácar. La cogió fuertemente, se volvió… y Ted Kronis, ante ella, le quitó tranquilamente el arma, con toda facilidad. En el acto, y con no menos facilidad, casi la metió dentro del armario de una tremenda bofetada que hizo saltar a «Goldie» Stevenson.

—Primer *round*… —sonrió secamente Kronis—. Va ganando por puntos el FBI. Nena, tú eres idiota. ¿Tan convencida estás de que besas a un hombre y ya lo tienes a punto de barbacoa? Lo único que yo quería saber era hasta dónde eres capaz de llegar. Y ya lo sé. De modo que ve con mucho cuidado… ¡Hey…! ¡Quieta!

Olivia se había lanzado contra Kronis, uñas en ristre. Rozaron la cara de Ted, que tras esquivar ágilmente el ataque, envió a la muchacha a la cama, de un rudo empujón en la espalda, cuando pasó junto a él. Todavía estaba revolviéndose «Goldie» en el lecho, cuando el
G-man
se sentó a su lado, puso una mano en sus riñones y la inmovilizó, boca abajo, igual que una mariposa pinchada en un tablero.

—«Goldie», vamos a hablar claro. Se acabaron las tonterías, por el momento. ¿Está claro?

—¡Suéltame…! ¡Suéltame, maldito puerco de…!

—Yaya, vaya… Palabras feas… Eso no está bien en una linda chica como tú, Goldie. Claro que… quizá dentro de poco ya no seas linda.

La soltó. Ella volvió la cabeza, lo miró de lado, de abajo arriba. Se dio la vuelta y se quedó mirando desconcertada a Kronis.

—¿Qué…?

—Te diré lo que ocurre: me he propuesto a toda costa salvar a tres compañeros míos. Para conseguirlo, soy capaz de cualquier cosa. Por ejemplo: arrancar las orejas, o partirte algunos dientes de un puñetazo… Cosas así, por el momento. ¿Okay?

—No… ¡No, no!

—En un minuto, Goldie, puedo dejarte convertida en una piltrafa. —Kronis sonrió simpáticamente—. Te aseguro que jamás volverían a contratarte para *Playboy*. Todo lo más, para hacer el papel de bruja en algún telefilme. ¿Vas comprendiendo?

—Usted no… no hará eso… ¡No!

—De ti depende. Quiero dejar bien sentado que no estoy amenazando en vano. El primer fallo que cometas, te costará una oreja. El segundo, la otra orejita. El tercero, los dientes… Claro, también tienes ojos, y manos… Y otros muchos encantos que podrían… estropearse. Piénsalo bien: a cada fallo, irás siendo más y más monstruosa. Primera pregunta: ¿qué hay entre Roscoe Burns y

tú?

—Somos… somos novios —gimió Olivia, aterrada.

—Qué bonito. ¿Tiene algo que ver Roscoe con Leticia Hastings?

—No… Yo…, yo soy quien la conoce…

—Ah… Cuéntame cosas.

—Ella y yo siempre… siempre fuimos amigas, hace años, pero luego nos separamos y yo…, viví de otra manera…

—Supongo que lo de *Playboy* es lo menos malo que has hecho. ¿Qué más? ¿Por qué puso Leticia el narcótico en el champaña?

—Yo la… la visité y le dije… le dije que tenía que hacerlo, si quería que su sobrinita continuase viviendo.

Ted Kronis palideció.

—¿La pequeña Polly? —musitó.

—Sí…

—¿También la tenéis vosotros?

—Sí. La… la raptaron en Boston, donde vive la… la hermana de Leticia.

—Entiendo… —musitó sordamente Kronis—. Por eso, Margaret no ha acudido al apartamento de Leticia con su marido y la niña. En Boston, también el FBI debe tener trabajo. Margaret debe estar desesperada. ¿Por qué has hecho eso, Goldie?

—Sabía que… que Roscoe estaba preparando algo, para lo que necesitaba unas placas de policía. Y yo le dije… le dije que conocía a una chica que ahora vivía en Nueva York que… que tenía relaciones con un agente del FBI. Roscoe me preguntó más cosas y… y se las fui diciendo. Me dijo que las placas del FBI aún sería mejor que las de la policía y lo planeó todo… ¡Yo sólo hice lo que él me dijo!

—Comprendo… Sus hombres raptaron a Polly. Y luego, Roscoe Burns, que no quiere que os vean juntos, según opino, te envió a ti a hablar con Leticia, para que la convencieras de que debía hacer lo necesario para conseguir algunas placas del FBI. Y como lo de la boda de Leticia estaba en marcha, y algunos amigos de Morris Chaney iban a ir a la casita…, pues todo quedó planeado. Es decir, que Leticia cambió las vidas de cuatro hombres por la de su sobrinita Polly.

—No, no… Yo le dije a Leticia que nada les ocurriría a ellos, que sólo queríamos las placas, y que luego los dejaríamos marchar a

todos…

—Y ella lo creyó… —rió secamente Kronis—. No se puede ser tan cándido en esta vida… ¿No crees, Goldie? Bien, dime ahora para qué quería Roscoe Burns esas placas del FBI.

—Para… robar tres millones de dólares…

Kronis entornó los ojos.

—Y ya lo ha hecho… —musitó—. Eso es: ya lo ha hecho. Por eso, Goldie, tú ibas ahora a reunirte con él, para marcharos. Ya comprendo ahora el asunto… Y tú, ¿qué crees? ¿Crees que Burns dejaría marchar a Leticia, a Polly y a mis tres compañeros?

—Él dijo que no habría muertes…

—Oh, claro, claro… ¿Y dónde tenías que reunirte con él?

—En… en el yate que él me regaló hace un mes…

—Un yate… ¡Claro! ¿Están allí mis compañeros, y Leticia…?

—Sí.

—¡Bien! ¿Te regaló un yate, dices? ¿Lo puso a tu nombre, quizá?

—Claro…

—Clarísimo… El yate a tu nombre, no quiere que os vean juntos, piensa dejar libres a todos… Por el amor de Dios, Goldie, ¿cómo puedes ser tan imbécil?

—No… no te comprendo…

—¿Dónde está ese yate? ¿Cuál es su nombre?

—Está cerca de Nueva Jersey, hacia el Sur… Su nombre es White Beach.

—Muy bien. Vas salvando las orejas y todo lo demás. ¿Va a ir Roscoe Burns al yate?

—Sí… Pero más tarde, ya de noche.

—Naturalmente. ¿Quién hay allí, esperándolo?

—Todos. Ya deben estar todos. Los del FBI, Leticia, su sobrinita…

—Ésos ya lo sé. Me refiero a amigos de Burns. ¿Cuántos son?

—Hay… tres hombres en el yate, Gotts, Loriman y Bass. Y ahora estarán también Dower, Hill, Carter y Kauffman… Todos.

—Siete hombres… —musitó Kronis—. Por supuesto, armados. Y tienen en su poder a… Bien, esto pone las cosas un poco difíciles. Estoy seguro de que son esa clase de gente que si se ven perdidos se lo llevarán todo por delante. No tendrán piedad. No sé si te das cuenta de la situación que has provocado, Goldie.

—No… no va a pasar nada malo, no…

Ted Kronis sonrió agriamente, mirando los encantos de la rubia despampanante; estaban al aire las piernas, los hombros… La combinación se ahuecaba por un lado generosamente. Los miraba, pero igual podría haber estado mirando una pared.

—¿El dinero está en el vate? —musitó de pronto.

—Sí… Si todo ha salido bien, sí.

—Por supuesto que les habrá salido bien, si han utilizado placas del FBI. Bueno, lo que son las cosas; ellos utilizan placas de agente del FBI, y yo utilizo la personalidad de un delincuente… ¿No es divertido? Supongo que si ellos han obtenido éxito con las placas, yo lo tendré con mi actuación de delincuente. Eso espero. —Sacó la radio de bolsillo y la accionó—. Ya pueden subir, señor. Y tendremos que darnos mucha prisa si queremos solucionar este asunto favorablemente. El tal Roscoe Burns es un pájaro peligroso…

CAPÍTULO XVI

Roscoe Burns cerró cuidadosamente la caja de baquelita negra y la dejó a un lado de la mesa, sonriendo ceñudamente. Luego abrió el maletín de piel tensa, rígida, y contempló, sonriendo del mismo modo, el vacío interior. Tocó cuidadosamente el fondo, con un dedo, y su sonrisa se amplió, se tornó maligna.

Bien. Todo estaba preparado. Sólo tenía que ir a recoger el dinero…

La puerta de su despacho se abrió de pronto, sin llamada alguna de aviso, y Burns se sobresaltó, poniéndose en pie de un salto.

—Kronis… —Gruñó—. ¿Qué modo de entrar es éste?

Ted Kronis parpadeó, confuso.

—Lo siento, señor Burns.

—Cualquier persona normal llama a una puerta, antes de abrirla. ¿No sabías eso?

—Lo siento… —repitió Kronis, gruñendo—. Pero ayer me pareció que Fenwick llamaba de un modo especial, y como no conozco la llamada…

—Está bien, está bien… ¿Has visto a Fenwick?

—No… Pensé que estaría aquí…

—Maldito sea… Se va a acordar de esto, el muy puerco. ¡El día que más lo necesito!

—¿Puedo yo servirle en algo? Observe, señor Burns, que me he comprado un traje nuevo… Espero que merezca su aprobación. Y la corbata, y la camisa…

—Sí… Sí, está bien, Ted.

Kronis señaló la caja de baquelita, con gesto intrigado.

—¿Qué es eso?

Burns le dirigió una torva mirada.

—Nada. Nada que a ti te interese.

—Sí, entiendo… Bueno, si no me necesita para nada, me daré una vuelta por la sala. Esos chicos ya están gastando zapatos como desesperados.

—Espera un momento… —Burns abrió su caja fuerte y metió dentro la caja de baquelita; cerró y se volvió hacia Kronis—. ¿Sabes manejar una lancha?

—Es muy fácil.

—No te pregunto si es fácil o difícil. Sólo si sabes o no sabes hacerlo.

—Sé manejarla —mascculló Kronis.

—Bien… Vamos a hacer un trato tú y yo, Ted.

—¿Otro?

—Uno mucho mejor para ti… Para serte sincero, tu presencia en mi *dancing* es… comprometedora. ¿Lo entiendes?

—Sí… —Gruñó Kronis—. Lo entiendo.

—No tengo nada contra ti, personalmente. Además, me gusta ayudar a los amigos de mi hermano. Pero Ted, yo quisiera que la policía jamás apareciese por aquí…

—Me iré cuando usted quiera. Ya le dije…

—Calma… Calma, Ted. No pienso despedirte así, hombre. Ya te digo que quiero ayudar a los amigos de mi hermano. Pero, al mismo tiempo, quiero que mi *dancing* sea un lugar respetable, donde la juventud viene a divertirse. No quiero a la policía por aquí en ningún momento. Por eso tengo a Fenwick, a Gordon…, y por eso te contraté a ti ayer. Nada de jaleos con intervención de la policía. Quiero sacarle el máximo jugo posible a este negocio, y retirarme tranquilamente dentro de cinco años. Viajar un poco, ver mundo…

—La gran vida, vamos.

—Algo así… —sonrió Bums. Para entonces, Douglas ya hará dos años que habrá salido de la cárcel y los dos podremos irnos por ahí, a disfrutar un poco. Pero hasta entonces, no quisiera… preocupaciones…

—Y yo soy una preocupación.

—Bueno… Supongo que te vigilarán más o menos… Además, no quisiera que te metieses en un lío y creyesen que yo estaba de tu parte. Lo siento, Ted, pero espero que me comprendas.

—Lo comprendo muy bien, señor Burns. ¿Qué quiere

proponerme?

—Te voy a regalar cincuenta mil dólares.

Ted Kronis se quedó con la boca abierta, unos segundos. Luego, soltó una palabrota, haciendo un gesto de fastidio.

—Al demonio con usted. De mí no se burla ni mi padre, Burns.

—Cincuenta mil dólares, Ted. Ni uno menos.

Kronis entornó los ojos.

—Y esa «pequeña» cantidad…, ¿por qué?

—Dos cosas. Una, alquilar una lancha a tu nombre y llevarme a un lugar que te indicaré.

—Es fácil… ¿Y dos?

—Dos: quedarte donde yo te diré. Te daré los cincuenta mil dólares, te irás lejos, y eso será todo. Te olvidarás de mí, simplemente.

—También es fácil. Pero… ¿usted sabe manejar una lancha o no sabe?

—Sé hacerlo.

—Entonces, ¿por qué tengo yo que…?

—Quiero que la alquiles tú para que nadie sepa que lo hice yo…

—Ah… Pero si yo me quedo allá, usted tendrá que volver con la lancha y entonces sabrán…

—No sabrán nada. Yo dejaré la lancha en alguna parte del muelle, simplemente, y me iré; nadie me habrá visto, nadie me relacionará con la lancha o contigo.

—Ya entiendo. Sin embargo, creo que le sería más fácil darme el dinero y decirme que me largase, ¿no?

—Es que tengo que recoger algo en el lugar adonde iremos.

—Ya veo… Bueno, ¿qué estamos esperando?

—¿Aceptas?

—Naturalmente. ¿Cree que soy un tonto, señor Burns? Con cincuenta mil dólares, éste nene —se tocó el pecho con el pulgar— se da el gran salto de este cochino país. Cuente con que no me volverá a ver en su vida.

—Así lo espero… —sonrió—. Ahora, te vas a alquilar una lancha y pasas a recogerme, dentro de una hora al muelle veintiuno… Ya sabes, junto a los Hudson Tubes.

—Sí ya sé. ¿Eso es todo?

—Todo. Ah, al salir, pásate por el bar, toma algo, y di que te

vas, que te he despedido amistosamente. Diles lo mismo a Gordon y Fenwick…, si es que ves a ese maldito de Fenwick. Oficialmente, nos despedimos ahora, ya no trabajas para mí. Dirás que te he dado un poco de dinero y que te vas… adonde tú quieras. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Pues en marcha. ¿Tienes dinero para alquilar la lancha?

—Bueno, algo me queda, pero…

Roscoe Burns tendió un fajo de billetes a Ted Kronis. Éste se los metió en un bolsillo, sin mirarlos. Sin más, dio media vuelta, camino de la puerta. Junto a ésta, vio una bolsa de golf, con un par de palos sobresaliendo. Alzó las cejas, pero no hizo el menor comentario. Abrió la puerta, salió, y eso fue todo.

Roscoe Burns consultó su reloj y sonrió una vez más. Llevó la bolsa de golf a la mesa, la abrió, separando al máximo los cordones, y metió dentro t alargado maletín de piel tensa. Volvió a cerrar la bolsa, la dejó en el suelo y volvió a mirar su reloj.

Si todo iba bien, en menos de dos horas habría liquidado el asunto.

CAPÍTULO XVII

Encontró a Ted Kronis sin dificultad. Estaba, ciertamente, en el muelle 21, cerca de los Hudson Tubes, de pie en una lancha, mirando hacia tierra firme, Roscoe Burns saltó a la lancha y señaló hacia el Sur.

—En marcha —dijo.

Kronis miró brevemente la bolsa de golf, pero su rostro permaneció por completo inexpresivo.

—¿Ha venido a pie, señor Burns?

—No. Pero todo eso no importa, Ted. Adelante.

—Sí, señor.

Kronis puso la lancha en marcha. Bajaron por el Hudson River, a buena velocidad. Muy pronto pasaron ante la isla de la Estatua de la Libertad, con su antorcha brillando en lo alto. Pero, indudablemente, el destino estaba más lejos, de modo que el falso ex presidiario continuó adelante, deslizándose la lancha suavemente sobre las aguas, de color gris y negro, rojo a trechos…

—¿Conoces el fondeadero de yates, delante de la costa de Nueva Jersey? —preguntó Burns.

—Mmmm… Sí, creo que sí.

—Ve hacia allá. El que nos interesa se llama White Beach. Arrímate a él.

—Está bien.

* * *

Era un yate más bien viejo, un tanto… cochambroso. Al menos, eso le pareció a Ted Kronis. Y así debía ser, según todos los cálculos que había hecho respecto a los planes de Roscoe Burns.

La lancha se detuvo al costado de estribor del White Beach, y Burns llamó a los ocupantes del yate. Hubo una breve espera, y pronto una escala de cuerda apareció por la borda, cayendo hacia el agua.

—¿Le subo el paquete, señor Burns? —se ofreció Kronis.

—No… No, no. Yo mismo lo subiré, Ted.

—Bien. Le sujeto la escala.

Mantuvo tirante la escala de cuerdas, mientras Burns subía por ella. Luego trepó rápidamente, con gran agilidad. Cuando llegó a cubierta vio a varios hombres delante de Roscoe Burns. Conocía a cuatro de ellos.

Los otros tres lo miraron casi con indiferencia. Estaba bien claro que si Burns lo llevaba con él era porque gozaba de su confianza.

—¿Alguna novedad? —había preguntado Roscoe Burns.

—Ninguna… —sonrió Dower—. Le estábamos esperando para terminar este asunto. Bueno…

—¿Qué ocurre?

—La chica no ha llegado, señor Burns.

—¿Olivia?

—Sí. Se suponía que ya tenía que estar aquí, pero no ha llegado. ¿La esperamos?

Roscoe Burns frunció el ceño. Su mente estaba trabajando a toda rapidez.

—Supongo que, como todas las mujeres, se ha retrasado… —Gruñó, disgustado—. Haremos las partes ahora. Mientras tanto, es de esperar que llegue. Y si no llega, me iré igualmente. Vosotros, desde luego, la esperaréis. No hay por qué variar unos planes tan bien estudiados, Bud.

—Sí, señor… ¿Vamos abajo?

—Vamos… Ah, otra cosa: Ted Kronis va a entrar en el reparto. Pero no os preocupéis, ya que pienso pagarle de mi parte. Vosotros vais a tener los doscientos cincuenta mil por cabeza, de todos modos. En cuanto a Bass, Loriman y Gotts, tendrán sus cien mil cada uno… Yo siempre cumplo lo que prometo.

Hubo un murmullo tenue de aprobación. Si Burns quería regalarle cincuenta mil dólares de su parte a Ted Kronis, allá él.

Bajaron todos al interior del yate, y se reunieron en uno de los camarotes. Burns colocó en el centro del grupo su bolsa de golf, y

sacó el maletín de piel. Bud Dower metió la mano bajo la litera y sacó una maleta, que dejó junto a la bolsa de golf. La abrió, y todos sonrieron satisfechos al ver los fajos de billetes. El de menor cuantía era de cien dólares.

Roscoe Burns soltó una risita y se frotó las manos.

—Magnífico, magnífico… ¿Hubo alguna dificultad, Bud?

—Ninguna. Todo salió como usted nos dijo. No matamos a ninguno de los policías, nos apoderamos del camión blindado… No ha habido un solo fallo, y… Bueno, aquí están los tres millones, ¿no?

Todos volvieron a reír. Roscoe Burns vació la maleta en el suelo. Contó el contenido de uno de los fajos de billetes, hizo un cálculo mental rapidísimo, y empezó a meter fajos en la bolsa de golf, sin mirar a nadie, como si estuviera solo en aquel lugar. Cuando hubo separado su parte, cerró la bolsa y la dejó a un lado.

—Ésta es mi parte… —musitó—. Según parece, hay algo más de tres millones de dólares, pero eso es cuenta vuestra. Lo que sobre de lo prometido a cada uno, lo repartís por partes iguales. Que quede esto bien claro, Bud.

—Sí, señor.

—No quiero peleas, ¿entendido? A cada uno su parte, y lo sobrante se repartirá a partes iguales.

Empezó a meter los fajos que habían quedado en el suelo dentro del maletín de piel negra.

—¿Qué hace? —musitó Bud Dower.

—Colocó el dinero aquí dentro. Esconderéis el maletín en el último rincón del yate… En la sala de máquinas, o algo así.

—Pero… ¿por qué? Podríamos repartir ahora el…

—Bud, ¿has oído hablar de los guardacostas?

—Mmm… Sí… Sí, desde luego.

—Bueno. Pues no quiero que tengan algo que decir respecto a vuestro viaje. Si os preguntan adonde vais, la respuesta ya la sabéis: a las Bermudas, con unos cuantos días de vacaciones. Pero quiero que este maletín esté bien escondido en el yate. Una vez cerca de las Bermudas, os repartís el botín y listo. ¿Os parece mal?

—Usted siempre piensa en todo, señor Burns. Es perfecto.

—Celebro que penséis así. Olvidaos de este dinero hasta que estéis viendo ya las Bermudas. Desde allí, podéis tomar el avión,

por separado, hacia cualquier punto del Globo. No quiero peleas, ni discusiones, ni ambiciones desmedidas. Os prometo una cosa. Aquél de vosotros que complique el negocio, lo iba a pasar muy mal. ¿Entendido?

Los fue mirando. Y en todos los rostros vio la aprobación a su cauteloso sistema de protección. Convencido de esto, Burns acabó de meter los billetes en el maletín de piel negra y lo tendió a Loriman.

—Lo dicho, Loriman: en el último rincón del yate Hay unas quinientas millas de aquí a las Bermudas Hasta entonces, ese dinero no existe. ¿Alguna duda?

Nadie tenía dudas.

Roscoe Burns se incorporó y se colgó del hombro su bolsa de golf, que valía más de millón y medio de dólares.

—Ahora, Ted Kronis va a quedarse aquí, con vosotros, lo dejareis en las Bermudas, y él tomará el camino que quiera. Cincuenta mil dólares para él, recordadlo.

—¿Y Olivia?

—La llamaré a su apartamento cuando llegue al *dancing*. Pero es de suponer que va está en camino. En cuanto ella llegue, os marcháis. Bien… Espero que todo esté claro y que me olvidéis. Éste ha sido un buen golpe, y sería una estupidez estropearlo por buscar contactos o querer reanudar amistades, o enviar tarjetas postales desde Acapulco o la Costa Brava, la Costa Azul… Todo ha terminado entre nosotros, muchachos Adiós… y buena suerte.

Fue estrechando la mano, uno a uno, a todos los presentes, incluido Ted Kronis. Éste lo acompaño hasta la borda del yate, y lo estuvo viendo descender hacia la lancha… Segundos después, ésta regresaba a los muelles de Nueva York, llevando a bordo a un astuto individuo… y su bolsa de golf, con algo más de millón y medio de dólares.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Carter.

—No… Buscaré un camarote para pasar la noche Si no hay inconveniente, claro.

—Ninguno. Pero prescinde del número cinco. Está ocupado.

—¿Sí? ¿Tenemos invitados?

—Algo así… —rió Carter—. Te asombrarías si lo supieses, Ted.

Kronis lo miró despectivamente.

—Hay pocas cosas de las que yo pueda asombrarme, muchacho.

—¿Eso crees? ¿Qué pensarías si te dijera que tenemos a tres agentes del FBI prisioneros en este camarote?

—Estás soñando —rió Kronis.

—¿Soñando?

—Está bien, está bien, no te enfades, demonios… Tres agentes del FBI, dices… De acuerdo, te creo. Pero dime una cosa: ¿para qué cáscaras queremos nosotros a tres de esos cochinos federales?

—Pues… La verdad es que ya no sirven de gran cosa. Igual que la niña, y la hermosa rubia que tenemos también.

—Las rubias son mi debilidad. Pero no se lo digas a nadie, ¿eh?

—Seguro… —rió Carter—. Yo también he pensado en ese asunto… Tenemos casi veinticuatro horas de viaje de aquí a las Bermudas. Un buen modo de pasar distraído el viaje sería… intimar con esa chica.

—Eres un cochino, Carter.

—¿Y tú, qué? ¿Eres un angelito?

—Pues no… Oye…, ¿qué tal si me enseñas a esa chica? Otra cosa, ¿qué haremos con ellos?

—Me parece que irán al fondo del mar… antes de que toquemos las Bermudas, claro.

—Ah… Entonces sería una lástima desperdiciar la ocasión. De todos modos, esa muchacha va a morir, ¿no es cierto?

—Eres un tipo de mala sangre, Ted.

—¿Tú no?

Carter se echó a reír.

—Está bien, vamos a verla. Y se me ocurre una buena idea… ¿Qué tal si tú y yo hacemos unas cuantas partidas de póquer apostando dinero contra la chica? El que pierda, podría quedarse con ella… Algo así.

—Estudiaremos la fórmula. Vamos a ver a esa gente.

CAPÍTULO XVIII

—Ahí los tienes. Tal como te dije: tres agentes del FBI, una niña y una… dama muy hermosa.

Ted Kronis los fue mirando uno a uno. Efectivamente, allá estaban los tres agentes del FBI, llamados Maxwell Bolders, Morgan Ball y John Mac Travis, sentados en el suelo, libres las piernas, pero con las manos esposadas. Sentadas en la litera estaban Leticia Hastings y la pequeña y desdentada Polly, que miraba a Kronis con la cabecita ladeada y una extraña expresión en sus ojos.

—La dama es linda en verdad… —aprobó Kronis—. Tiene una boquita estupenda para besarla… ¿Lo habéis probado?

—No hemos tenido tiempo —rió Carter—. Pero, oye, ¡es una estupenda idea!

—Seguro que es buena, pero es mía, pajarraco. De manera que voy a ser el primero en probarlo.

—Psé… Un beso más o menos no va a desgastarla. Eres un elemento de cuidado, Kronis.

—Uno ha vivido lo suyo.

Se acercó a Leticia Hastings, y la asió rudamente de los cabellos. Leticia intentó soltarse, sin conseguirlo, por supuesto; Kronis rió burlonamente.

—Habrá que domarla, Carter. Y me parece que yo entiendo de eso… Vas a ver…

Inmovilizó la cabeza de Leticia Hastings y su bocaza cayó sobre la de la muchacha, interrumpiendo el alarido de repulsión de ésta. Leticia quiso apartarse, pero Kronis dominaba muy bien la situación. Más aún, apenas comenzado el beso, Leticia Hastings dejó de resistirse. Y todavía más; Carter tuvo la impresión de que la muchacha correspondía con todas sus ganas al beso del ex

presidiario.

Cuando éste se apartó, Carter lanzó una exclamación:

—¡Oye…! ¿Cómo lo has conseguido?

—Tío Morris… —exclamó de pronto la pequeña Polly—. ¡Tú eres tío Morris!

Carter parpadeó. Kronis se colocó a su lado, sonriendo.

—¿Qué dice la niña? —masculló Carter.

—No hagas caso… Ya sabes que los niños casi nunca saben lo que dicen.

—¡Tú eres tío Morris! —gritó Polly.

Carter miró asombrado a Kronis.

—¿De qué está hablando?

—Bueno… Ya sabes cómo son los niños: lo ven todo. Ella está diciendo que soy Morris Chaney, el agente del FBI, que murió ahogado, hace dos noches.

—Está loca —rió Carter.

—Ni mucho menos. Sólo se precipita un poco… No soy su tío, puesto que aún no me he casado con su tía. ¿Lo entiendes, Carter?

—Su tío, su tía… ¿De qué demonios hablas? Morris Chaney cayó al río esposado… Espera… Ahora que me fijo…

—Eres un gran fisonomista, Carter —sonrió fríamente Kronis.

Y sin más, hundió su puño derecho en el estómago de Carter, con tal fuerza y precisión, que pareció a punto de atravesarlo, o de romperlo, de partirlo en dos. Carter pareció quedar colgado del puño derecho de Kronis, pero éste se lo quitó de encima con un zurdazo al mentón que hizo crujir toda su cabeza… Carter cayó al suelo hecho un guiñapo, pero aún intentó incorporarse. En vista de ello, Kronis acabó la breve y cruel pelea de un punterazo en pleno estómago, por debajo, que dejó inconsciente a su flojo y desprevenido enemigo.

Sin comentario alguno por el momento, Kronis le quitó la pistola a Carter y la tiró a las esposadas manos de Maxwell Bolders, que la cazó al vuelo.

Luego se acercó a Polly y la amenazó con un dedo:

—Las niñas, Polly, no hablan hasta que los mayores les dan su permiso… ¿Está entendido?

—Tío Morris, ¿has venido a salvarnos?

—Algo parecido. Pero ¿sabes una cosa, Polly? Tendría que dejar

aquí a tía Letty, para que se la comiesen los tiburones. Ella me metió en una cochina trampa.

—Morris… —gimió Leticia—. No podía hacer otra cosa… Tenía la seguridad de que tú sabrías salir del apuro y quería… quería que algunos hombres del FBI estuviesen aquí, confiaba en ellos…

Maxwell Bolders, que se había acercado a la puerta, hizo una seña y todos callaron.

—Viene Bass —musitó.

—Mejor… —susurró Kronis—. Encargaos de él, mientras yo intento comprender la actitud de Leticia… ¿Y bien, querida?

—Déjala en paz… —Gruñó Morgan Ball—. La chica lo hizo bien, a su manera.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos? —refunfuñó irónico—. Más vale que ayudes a Max y a John, ¿no crees? Te escucho, Letty, querida.

—Morris, yo… yo fui obligada a hacer aquello…

—Sí, ya lo sé. Pero me parece que todo habría sido más fácil si me hubieses dicho lo que ocurría… ¿O acaso no confías en el FBI?

—¡Claro que sí! Por eso acepté lo que ellos me dijeron, hice lo que querían… Acepté la botella de champaña con narcótico… Sabía que no os iban a matar hasta que hubiesen hecho lo que querían… Morris, yo deseaba que en este yate hubiese algunos agentes del FBI. Y la única manera de conseguirlo sin peligro para Polly era que cogiesen prisioneros a algunos de vosotros. Por eso acepté.

—Hummm… Bueno, creo que voy entendiendo. Confías tanto en el FBI, que, aunque fuese esposados, querías que hubiese aquí algunos de nosotros, para proteger como fuese a Polly… ¿Sí?

—Morris, no habríais podido llegar sin ponerla en peligro a ella. En cambio, si os traían prisioneros…

La puerta del camarote se abrió y Bass entró despreocupadamente.

—Oye, Carter, la chica de…

Se quedó atónito, contemplando a Maxwell, que le apuntaba con la pistola de Carter. Abrió la boca en un gesto de asombro que no llegó a cuajar. Por detrás, con los puños juntos, John Mac Travis le golpeó en la nuca, derribándolo en seco, como alcanzado por un rayo. El
G-man

se inclinó y le quitó la pistola, que mostró triunfalmente.

Ted Kronis sonrió, encogiendo los hombros, y se dedicó de nuevo a Leticia.

—Sigue.

—Si os traían prisioneros, no le harían nada a Polly. Y, prisioneros o no, yo sabía que tus amigos harían lo posible por salvar a la niña, Morris. Quisiera que comprendieses…

—Creo que lo he comprendido ya, Letty. Querías que alguien del FBI estuviese aquí, para el momento oportuno. Aceptaste sus condiciones, nos narcotizaste… Trajeron aquí a Max, Morgan y John, que era lo que tú querías. En cuanto a mí, te las arreglaste para que fuese a parar al río… Y como habías limado las esposas que me pusiste, en cuanto yo me encontré en el agua, di tal tirón desesperado, que la cadena acabó de romperse. Entonces fue fácil desatarme los pies, nadar bajo el agua y esconderme debajo del embarcadero. Os vi marchar, sin osar salir, ya que me habrían apresado o matado. Fui luego a la Delegación, movilicé al FBI en peso, estuvimos en tu apartamento, y allá encontramos la revista *Playboy*, en la cual nos habías dejado abierta la página donde estaba Olivia Stevenson, que fue quien te metió en esto. Te habías enterado de su número de teléfono, lo anotaste allí… y te confiaste ciegamente al resto de las iniciativas y trabajo del FBI. ¿Correcto?

—Sí, Morris. Perdóname, querido… Yo…

—¿Perdonarte? —masculló el G-man—. Escucha, nena: es el trabajo más astuto y mejor preparado de que he tenido noticia en muchos años. Has jugado al póquer de la muerte a tu manera. Una partida muy arriesgada, ya que sólo tenías una buena carta: el FBI.

—Es muy buena carta —sonrió temblorosamente Leticia.

—Asombroso… Querida, me parece que cuando esté en apuros, en lugar de pedir ayuda a la Delegación, te llamaré a ti. Apuesto a que con una sartén como arma serías capaz de sacarme del apuro.

—Morris… —dijo John Mac Travis—. Hay que hacer algo para salir de aquí.

—¿Eres o no eres tío Morris? —protestó Polly.

—Sí… —sonrió Kronis—. Soy tío Morris, queridita.

—Tu voz sí es la tuya, ahora. Antes, no. Pero tu cara no es

todavía la de tío Morris.

—Bueno… Eso tiene fácil arreglo… Aunque no. Espera… Tendrás que esperar un poco más, Polly. Max, ¿quién tiene las llaves de vuestras esposas?

—El tal Dower… Bud Dower.

—Bueno. Iré a buscarlo.

CAPÍTULO XIX

—¿Qué ocurre, Kronis?

—Carter quiere hablar contigo. Es algo sobre los prisioneros.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué no se lo preguntas a él? —Gruñó Kronis.

—Está bien. Esa idiota de Olivia nos va a fastidiar a todos. En cuanto llegue, nos marcharemos.

—¿Por qué no la dejamos en la estacada?

—Eres muy listo, ¿eh? Si la dejamos, es tan boba que se metería a cuatro patas en la red de la policía o del FBI. Y entonces no llegaríamos ni siquiera a las Bermudas. Voy a ver qué quiere Carter.

—Muy bien. Yo voy contigo. Esa chica que tenéis abajo es de mi tipo. Está hecha un bombón, ¿no crees?

Dower encogió los hombros y entró por la doble portezuela que llevaba al interior del yate, seguido de Kronis. Sin ningún recelo, llegó abajo, recorrió el corto pasillo y entró en el camarote de los prisioneros.

Se quedó atónito ante los dos federales que le apuntaban con sendas pistolas, pese a tener las manos esposadas. Quiso volverse a toda prisa en cuanto pudo reaccionar, pero se dio de bruces con Kronis, que se disculpó cortésmente:

—Con permiso, Dower…

Le atizó tal golpe en el vientre, que Dower no necesitó más. Se arrugó como muerto a los pies del
G-man,
que miró cómicamente su puño, como sorprendido.

—Parece que estoy en forma —comentó.

Maxwell se apresuró a registrar a Dower. Encontró el manojo de llaves de las esposas y abrió las de Mac Travis y Ball, que tendían

las menos hacia él. Luego, Ball abrió las suyas, y los tres suspiraron entonces, aliviados, bajo la irónica mirada de Kronis.

—Bueno, ya tenéis una pistola cada uno. Colocadles las esposas a estos buenos muchachos, y veamos si podemos apoderarnos del yate sin demasiado jaleo. Max, tú quédate con Leticia y Polly, ¿quieres?

—Seguro, Morris.

—¡Pero no parece tío Morris! —protestó Polly.

—Es él… —sonrió cariñosamente Maxwell Bolders—. Ya verás cómo luego lo reconoces, Polly. Ahora, nosotros nos quedaremos aquí, muy tranquilos, mientras tío Morris y nuestros amiguitos arreglan las cosas. ¿Quieres que te lea un cuento?

—Ahora no, tío Max.

—Bueno… —rió Maxwell—. Pues te lo leeré en otro momento. Pero tienes que ser buena niña y estar calladita un rato. ¿Sí, Polly?

CAPÍTULO XX

En cubierta, impacientes, estaban Hill, Kauffman, Loriman y Gotts. Kronis se colocó junto a Loriman, en actitud confidencial.

—Ven abajo un momento… —musitó—. Parece que Dower. Carter y Bass tienen una idea luminosa.

—¿Sobre qué?

—Es largo de decir. Vamos.

Echó a andar hacia la entrada a las cabinas. Loriman miró una vez más hacia el mar, cada vez más impaciente ante la tardanza de Olivia Stevenson. Se fue detrás de Kronis, bajó, y cuando estuvo en el pequeño y destartalado *living*-yacth, se encontró bajo la amenaza de tres pistolas. Atónito, no pudo reaccionar cuando Kronis le quitó tranquilamente la suya.

—Ahora, vamos a buscar el maletín, Loriman. ¿Lo colocaste en la sala de máquinas, tal como sugirió Burns?

—Maldito cochino traidor…

—No soy ningún traidor, Loriman. Soy un agente especial del FBI. Y voy a hacer un trato contigo. Si dentro de dos minutos no me has dado las gracias, yo te daré esta pistola. ¿Qué dices?

—¿De qué estás hablando? —Gruñó Loriman.

—Vamos a buscar ese maletín negro y te lo demostraré. Bien entendido que una negativa sólo puede traerte complicaciones y molestias graves. Seamos inteligentes, Loriman.

—Está bien, te llevaré hasta el maletín.

—¿Vamos contigo, Morris? —se ofreció Morgan.

—No. Ocupaos de esos de ahí arriba… Dadles el alto, pero si se resisten, tirad a matar. No son buena gente. Sólo quedan tres, de modo que supongo que no necesitáis ayuda.

—Nos las arreglaremos —sonrió Mac Travis secamente.

—Andando, Loriman —sonrió también Kronis.

Estuvieron en la pequeña sala de máquinas en menos de un minuto. El maletín estaba escondido bajo unos tubos, envuelto en un saco viejo y grasiento. Kronis se hizo cargo de él y miró fijamente a Loriman.

—Te aconsejo que aceptes una tregua de un minuto, Loriman. Sí me atacas antes de ese tiempo, todo irá francamente mal para ti.

—Está bien.

El G-man abrió el maletín y volcó los billetes en el sucio suelo. Estaban los dos un poco encogidos en el poco espacioso lugar. Loriman miraba a Kronis, sin comprender, mientras éste, con un destornillador, estaba hurgando en el fondo de la caja. Se oyó por fin un leve chasquido, y una tapa alargada y fina se alzó. Kronis acabó de quitarla y mostró a Loriman lo que había dejado; un paquete envuelto en sólido papel acartonado, de color azul; en un extremo, algo que parecía un pequeño reloj, con una sola manecilla y con dos rayas en lugar de los doce números.

—¿Qué es eso? —musitó Loriman.

—Una bomba.

El marino palideció intensamente.

—¿Una bomba de tiempo? —musitó.

—No. Es la clase de cargas que funcionan por radio. Roscoe Burns tiene en su caja fuerte el dispositivo que enviará una señal a este aparatito, el cual hará funcionar el fulminante, el cual, a su vez, haría estallar esta carga… Hay suficiente para volar en mil pedazos un yate tres veces más grande que éste, Loriman.

—Pero no comprendo…

—¿De veras? Pues es sencillo, me parece a mí; Roscoe Burns no quiere que ninguna persona de las que han intervenido en esto quede con vida.

—Pero nos ha pagado, ha dejado aquí más de un millón de dólares.

—¿Y qué? Él, con millón y medio que se ha llevado, tiene suficiente. Prefiere un millón y medio sin riesgo alguno, que tres millones siempre con la amenaza que significáis vosotros, todos nosotros… ¿Por qué arriesgarse a que cualquier día, uno de

vosotros aparezca en su *dancing*, para pedirle dinero, o cualquier otro asunto? No, no… Todo ha sido hecho, todo ha terminado. Os mete a todos en un viejo yate que le ha costado muy poco y que, además, está a nombre de Olivia Stevenson. Os envía a las Bermudas. A todos los que sabéis algo de esto, incluido mis compañeros, la niña, Leticia Hastings… Todos en el yate. Y cuando él calcule o sepa que estáis saliendo hacia alta mar, hace explotar la carga. No sobrevive nadie, y él se queda con millón y medio de dólares, limpios, tranquilamente, sin ninguna preocupación. ¿No está claro?

Kronis arrancó cuidadosamente la esfera metálica y de cristal, y suspiró aliviado al dejar desconectada la carga. Metió de nuevo el dinero dentro del maletín y señaló hacia la salida:

—Afuera, Loriman.

Cuando llegaron al pasillo de los camarotes, Morgan y John ya estaban allí, y señalaron hacia el interior del camarote 5.

—Tuvimos que herir al llamado Kauffman, Morris. Los demás, están ahí dentro, ya bien atados. Somos los dueños del yate. Por completo.

—Magnífico.

Entró en el camarote, tras hacer una seña a sus compañeros para que amarrasen también a Loriman. Maxwell vigilaba atentamente, pistola en mano. Kronis sonrió a Leticia y Polly, y sacó su radio de bolsillo, accionándola inmediatamente.

—¿Señor?

—Dime.

—Todo listo. El yate es nuestro. Pueden venir cuando quieran. ¿Qué sabemos de Burns?

—Phil y Nick se fueron tras él cuando desembarcó. Ha dejado abandonada la lancha y la última noticia era que se dirigía hacia el *dancing*. Nosotros estamos esperando por los muelles tu llamada.

—Pues ya pueden navegar hacia el White Beach. Hasta ahora.

Se guardó la radio y se quedó mirando sonriente a la pequeña Polly, que tenía los ojos muy abiertos. Se acuclilló ante ella y se quitó los lentes. Luego, las microlentillas de contacto, que daban el color negro a sus grises ojos. Se quitó también el bigote y las espesas cejas superpuestas a las suyas. Por último, se quitó de dentro de la boca dos almohadillas de relleno facial, que habían

estado dando a sus facciones un aspecto más rechoncho. La niña estaba turulata.

—El pelo seguirá de este color, porque tuve que teñirlo un poco, Polly… —sonrió Morris Chaney—. Pero supongo que ahora sí que me conoces.

Lo reconocía, no cabía duda. Pero la niña estaba muda ante el más asombroso acontecimiento de su vida. Morris Chaney le dio un cariñoso cachete, y se incorporó, mirando a Loriman, ya atado, como los demás. Don Kauffman, con un balazo en el hombro, yacía en el suelo, muy pálido, a punto de desvanecerse.

—Todavía otro servicio, Loriman. Olivia Stevenson no vendrá al yate, porque la tenemos nosotros. Burns la va a llamar, seguramente, pero ella no contestará, de modo que él pensará que la chica ya está camino del yate. Entonces, tú vas a llamar cuando yo te diga, a Roscoe Burns, por el radioteléfono del yate, y le dirás que Olivia ya está aquí, y que estáis navegando ya hacia las Bermudas. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Perfecto… —Morris Chaney miró su reloj y luego a Maxwell —. Que llame dentro de media hora, Max. En ese tiempo…

CAPÍTULO XXI

—Entendido… Sí, sí, entendido, Loriman… Adiós.

Roscoe Burns colgó el auricular, sonriendo fríamente. Se puso en pie, abrió la caja fuerte empotrada, y sacó de ella la caja de baquelita. La dejó sobre la mesa, todavía sonriendo. Encendió un cigarro habano, se sentó en su sillón, se echó para atrás, y puso los pies en la mesa, satisfechísimo de su astucia, de su perfectísimo plan. Un millón y medio de dólares, nada contra él, todos los que habían intervenido en el fondo del mar despedazados por la explosión… Y el dinero lo dejaría escondido cinco años. Entonces, con su hermano Douglas, se irían de Estados Unidos, pacíficamente, como buenas personas que deciden viajar un poco… ¡Ah, qué perfección de plan, qué astucia, qué inteligencia…!

Diez minutos más tarde, se dijo que no tenía por qué esperar más. Abrió la caía de baquelita, se frotó las manos y, de pronto, movió el dial hacia la derecha. Listo el asunto. Así de fácil. En el mar, el viejo yate White Beach había quedado convertido en un montón de astillas incendiadas…

Volvió a echarse hacia atrás, riendo fuertemente…

Y la risa se congeló cuando la puerta de su despacho se abrió de pronto, a pesar de haberla cerrado antes con llave.

Roscoe Burns quedó lívido como un muerto, petrificado, tanto de asombro como de terror.

De las personas que habían aparecido allí, conocía a dos. El federal llamado Morris Chaney, que «tenía» que estar ahogado en el río, y Leticia Hastings, su novia. Detrás había un hombre de unos cincuenta años, de mirada dura. Pero quizá menos dura que la de los dos hombres que llevaba tras él…

—El dispositivo no ha funcionado, Burns… —dijo Chaney, con

la voz de Ted Kronis—. Yo lo desconecté.

Roscoe Burns lanzó de pronto un alarido de furia. Llevó la mano a un cajón de su mesa, sacó la pistola, la alzó… Ante él, Morris Chaney, impávido, inexpresivo, apretó el gatillo de la suya. La bala dio justamente donde quiso el federal; en la mano de Burns, arrancándole la pistola y tres dedos, derribando brutalmente al hombre de nuevo sobre su cómodo sillón.

Por encima de su arma, Morris Chaney miraba malignamente a Roscoe Burns.

—No me lo agradezca, Burns. No he tirado a matar, porque en este estado existe la pena de muerte. Todavía tendrá algunas semanas para reflexionar. Lleváoslo, muchachos.

Los dos hombres que respaldaban la comitiva se acercaron a Burns, y lo pusieron en pie rudamente. Cuando estaban ya casi en la puerta, maligna la mirada, Morris Chaney alzó la bolsa de golf, mostrándola a Roscoe Burns.

—No creo que en el infierno jueguen al golf, Burns. Por tanto, el FBI se hace cargo de su equipo. Mal viaje.

Este es el Final

El viaje había sido muy bueno, en auto, gozando del bello paisaje del Empire State. Ahora, desde la ventana de la cabaña del Rainbow Motel, en Niágara Falls, Morris Chaney y Leticia Hastings, abrazados por la cintura, contemplaban el resplandor irisado de las cataratas más famosas del mundo.

—Fue bonita la ceremonia —musitó Leticia—. ¿Verdad, querido?

—Muy bonita.

—Aún recuerdo los gritos de la pobre Margaret cuando la llamamos para decirle que teníamos a Polly… Debieron pasar horas muy amargas.

—Por supuesto. Pero ya se sabe que el FBI lo arregla todo. Sobre todo si cuenta con la colaboración de una astuta muchachita llamada Leticia… Chaney. Eso es. Leticia Chaney.

—Me parece imposible que ya estemos casados, en luna de miel… ¡Oh, todo es maravilloso, Morris!

—Bueno… Querida, aún no ha empezado e… la… Bueno, la verdadera luna de miel. Casi acabamos de llegar…

—¿Te apetece beber algo? Nos dijeron que había champaña en la cabaña.

—Vaya… Buena idea, sí, señor…

—Buscaré la botella y las copas.

Leticia fue a la diminuta cocina de la cabaña. Encontró la botella de champaña, las copas, y lo puso todo en una bandeja. Regresó al *living,* donde Morris continuaba mirando el arco iris que formaba la espuma de agua de las cataratas del Niágara River. Se volvió al oír

el taponazo y sonrió. Llegó ante la mesita cuando Leticia acababa de servir la segunda copa.

Los dos la alzaron, y Leticia brindó, sonriente:

—Por el FBI.

—Por el… ¡Un momento! —exclamó Chaney—. Un momento, encanto… ¡Tú a mí no me engañas dos veces!

—¿Crees que contiene narcótico? —rió ella.

—¿Quién sabe? Bebe, bebe…

—Querido, no seas tonto… —murmuró Leticia, dulcemente, un poco sonrojada—. ¿Crees que te querría dormido en nuestra noche de bodas?

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…